

HEREDEROS DEL ESPACIO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION

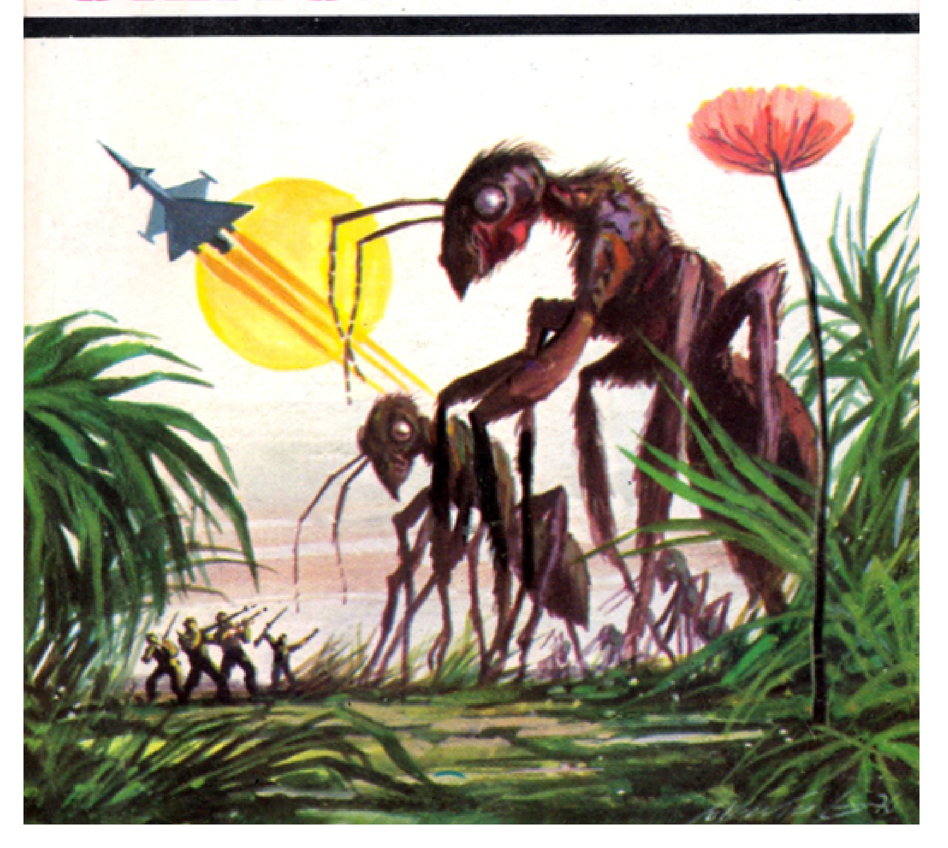
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

HEREDEROS DEL ESPACIO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

313. — *Robots prohibidos*, Glenn Parrish

314. — *Proyección a otra galaxia*, Alf Regaldie

315. — *Amenaza en la colonia espacial*, Marcus Sidéreo

316. — *No estamos solos*, Ray Lester

317. — *El traficante*, Glenn Parrish

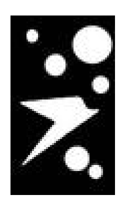
MARCUS SIDEREO

HEREDEROS DEL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 318

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 30.901 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

—¡Hormigas, profesor Kelber! Monstruosas hormigas. Mire esto.

El joven doctor Soen, que había irrumpido en el despacho oficial del profesor, mostró el informe que acababa de recibir.

Kelber tomó el papel y lo observó con su inefable flema. Luego de leerlo por encima sonrió:

—Son simples hormigas, mi querido Soen. Hormimiguitas que apenas miden un centímetro de longitud. ¿Eso le aterra?

Soen estaba perplejo. No obstante se impuso.

—¿Pero es que no se da cuenta? ¡Un centímetro! ¡Profesor! Debe ordenar de inmediato el regreso de la nave. Sólo usted puede hacerlo. A mí no me harían caso.

Kelber adoptó una actitud paternalista.

—Mi joven y querido doctor Soen. Se asusta usted por muy poca cosa.

—¿Poca cosa? Mandar un millón de hombres a la muerte le llama usted poca cosa? ¡Por todos los planetas, profesor! Usted sabe...

Kelber le interrumpió:

—Serénese, por favor. Un estimulante le hará bien —y el profesor sacó de alguna parte un pequeño tubo del que extrajo una tableta—. Tome.

—No necesito ningún estimulante —rechazó Soen.

—Lo necesita para que podamos hablar serenamente.

—Nunca he estado tan sereno como ahora, profesor. Pienso en la vida de un millón de hombres. Sé el enorme riesgo que corren. Sé que van a morir cuando lo que buscan es precisamente la vida. Perdone si esta circunstancia me ha alterado. Pero no comprendo su flema ante un caso semejante.

—Mi absoluta certeza de que todo sucederá conforme a lo previsto es lo que me produce esa flema a la que usted alude. Recuerde cómo empezó todo, doctor Soen. Recuérdelo.

—Eso todos lo tenemos bien presente, profesor. Sabemos que nuestro planeta ha quedado pequeño. Si es eso a lo que se refiere... —inquirió Soen tratando de adivinar los pensamientos que se encerraban tras el sutil cerebro de su interlocutor.

—Exacto —sonrió Kelber utilizando un tono suave—. Se acabaron las guerras y todos vivimos en paz. Crecemos, nos multiplicamos y así ha llegado lo inevitable. Nos falta espacio. Pronto escasearán los alimentos. Incluso los sintéticos. Está previsto que vuelva la pobreza, que ya no será posible evitar. Con el hambre volverán las guerras y la mutua destrucción. Y es eso precisamente lo que tratamos de evitar. ¿Verdad? —Y sin dar opción a ninguna respuesta Kelber prosiguió—: Pronto no quedará ni un solo espacio libre para los moradores de nuestro planeta. No habrá sitio ni comida. Por eso precisamos de otro habitáculo para que podamos seguir desarrollándonos. Para sobrevivir... Las hormigas no pueden ser ningún obstáculo. ¿Verdad, Soen? ¿Verdad que lo comprende?

—Es... Demasiado riesgo... dadas las circunstancias —replico el doctor tras una ligera vacilación.

—No hay riesgo.

—Son un millón de hombres —insistió Soen—. E insisto en que hay riesgo. Suspenda el vuelo. Hágalos regresar...

Un zumbido indicó la transmisión de un mensaje que Kelber captó accionando una palanquita situada sobre el pequeño pupitre adjunto a su mesa de trabajo.

Tras disponer el contacto surgieron unas voces incomprensibles para Soen. El profesor se volvió hacia él y murmuró:

—No tenemos nada más que hablar. Le ruego que me deje solo.

Soen observó el pupitre y miró a su vez al profesor. Creyó ver en su rostro un gesto de impaciencia.

—¿Existen mensajes secretos que yo no pueda oír, profesor? Pertenezco a la comisaría de seguridad.

—Son cosas de trabajo, Soen —atajó el profesor de forma terminante—. Le ruego que me deje.

—Sí, señor. Pero le advierto que pasaré el informe a la comisión. Si usted no ordena el regreso de la nave...

La continuación quedó en el aire porque Kelber acabó con la

situación.

—Adiós, doctor. He tenido un verdadero placer en cambiar impresiones con usted.

Era la despedida irrefutable. Soen dio la vuelta y se encaminó hacia la salida del despacho. El profesor quedó observándole hasta que le vio desaparecer.

A continuación Kelber conectó nuevamente con el aparato para recibir el extraño mensaje.

CAPITULO II

El planeta, de exuberante vegetación, se movía majestuosamente en torno a su Sol.

El verdor de sus praderas, la cristalina pureza de las aguas de sus arroyos, los jardines naturales al borde de los estanques constituían muestras evidentes de una vida pujante, sana.

Trinaban los pájaros en sus constantes vuelos de rama en rama. Corrían libremente los animales y crecían las flores.

Todo era paz en aquella naturaleza absolutamente pura y diáfana.

Los pequeños insectos eran devorados por las aves.

Sobre el suelo se movían las hormigas…

No tenían más de un centímetro de longitud. Mas bien menos. Iban unas tras otras buscando su alimento o construyendo sus niños. Eran… hormigas absolutamente normales.

En algún lugar un imponente catalejo dominaba el valle. A miles de kilómetros toda la superficie del planeta aparentemente deshabitado era atentamente observado.

Mekok dejó su puesto de vigilancia y se dirigió hacia la gran mesa ocupada permanentemente por Ruango.

—¿Algo nuevo? —inquirió el majestuoso Ruango con la mirada puesta en el prisma cristalino que dominaba la sala.

Estaba observando las células aprisionadas, moviéndose en el interior del cristal, en cuyo centro una pantalla transmitía extraños signos que una computadora cuidada de descifrar.

Mekok asintió a la pregunta de su jefe.

—No hay duda de que han escogido esa parte del valle. Los nutros buscan la vegetación. Es lógico dado su sistema nutritivo.

—Esto no sería preocupante si se tratara de una expedición de reconocimiento —repuso Ruango—. Pero no se trata de esto. Mis informes son que van a mandar a un millón de nutros.

Mekok sonrió.

—Aunque evacuaran toda Nutronia no creo que debiéramos preocuparnos, señor. Son inofensivos.

—¿Crees realmente que son inofensivos? —Ruango sonrió—. Un millón de seres invadiendo nuestro habitáculo nunca puede ser inofensivo, Mekok.

—La nave de los nutros está ya en marcha, Ruango. ¿Por qué no la observa a través del Mirador?

—Sé que la nave está en marcha. Una nave gigantesca…

—¿Gigantesca? —Mekok sonrió con cierta prudencia—, Obsérvala, Ruango. Te lo ruego.

Ruango vaciló unos instantes pero al fin accedió, e incorporándose siguió a Mekok.

Caminaron por tres departamentos o salas inmensas y vacías a excepción de la pareja de guardas metálicos que vigilaban cada una de las puertas.

Ruango cuidaba bien de accionar a su paso por entre la pareja de guardas, un diminuto aparato para que esos guardianes sin rostro permanecieran inmóviles.

En otra sala, el Mirador constituía una auténtica ventana al espacio.

Una tablilla con varios pulsadores permitía aproximar el objetivo buscado.

Mekok accionó uno de los botones y en un lugar del cristal apareció un punto determinado de la galaxia.

El propio Mekok graduó la visión para aproximar el artefacto volador que se movía en medio del cosmos.

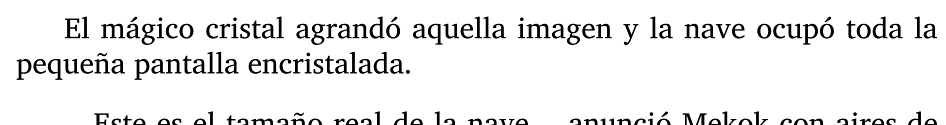
—Es éste —anunció.

—Ya veo.

—¿Y qué es lo que ves, Ruango? —preguntó Mekok.

—Una nave.

—Ahora verás lo mejor —sonrió Mekok y graduó nuevamente la visión, añadiendo—: Mírala en primer plano.



El mágico cristal agrandó aquella imagen y la nave ocupó toda la pequeña pantalla encristalada.

—Este es el tamaño real de la nave —anunció Mekok con aires de superioridad.

—¡No! —Evidentemente Ruango esperaba algo más y por eso no podía dar crédito a lo que estaba presenciando.

—Sí, señor. El tamaño real.

—¡No es posible! Es una nave corriente con capacidad para… para dos o tres cosmonautas.

—Sí, señor; pero dentro van un millón. ¿No lo comprende? Un millón…

—Debe tratarse de insectos. —Y Ruango soltó una risotada—. ¡Insectos! ¡Nutronia es un planeta de insectos!

Continuó riendo y cuando ya se dirigía nuevamente a su sala exclamó entre carcajadas:

—¡Insectos! ¡Son insectos! Los aplastaremos…

—No habrá necesidad de ello —dijo Mekok desde el cristal—. No habrá ninguna necesidad. Ellos mismos perecerán.

Y entre carcajadas Ruango espetó:

—¡Insectos! Podemos aplastarles cuando queramos. ¡Jo, jo! ¡Insectos!

CAPITULO III

Soen regresó a su hogar visiblemente preocupado. Stenia, su mujer, comprendió que algo malo sucedía, pero no necesitó preguntárselo.

—Va a producirse una auténtica catástrofe y el profesor Kelber se niega a evitarla —dijo sirviéndose un tónico de uno de los armarios empotrados en la sala funcional de la casa.

—¿Es algo de lo que tú imaginabas? —inquirió su mujer.

—Sabía que esto no podía terminar bien. Era… demasiado arriesgado.

—Sin embargo, todo el mundo cree en el proyecto de Kelber. El demostró que puede hacerse…

—¡Kelber oculta algo! Sé que oculta algo. Recibe mensajes extraños. A través de sus aparatos llegan voces raras que transmiten mensajes incomprensibles.

—Quizá sean claves.

—Conozco todas las claves, Stenia. Kelber no tiene por qué echarme de su despacho por un mensaje… Sé que oculta algo. Por eso he pedido que el consejo se reúna aquí dentro de una hora. Todavía hay tiempo para hacer que la nave regrese al planeta.

—¿Es tan grave lo que ocurre? —inquirió la mujer del doctor.

Soen guardó silencio hasta que la muchacha insistió:

—Puedes hablar conmigo sin temor. Yo también trabajaba en el laboratorio antes de pasar al departamento de defensa.

—Es más que grave, Stenia —comentó Soen al fin—.

Es catastrófico. Un millón de seres van a morir si esta nave no regresa…

Se hizo un prolongado silencio, hasta que el propio Soen lo rompió para recordar:

—Todo empezó cuando Skipper y yo descubrimos ese planeta.

—Sí. Lo recuerdo —admitió ella—. Entonces viniste muy

entusiasmado.

—Era lo que nos hacía falta. Un mundo nuevo donde prolongar nuestro habitáculo. Un lugar para que pudieran vivir nuestros descendientes. Un habitáculo lleno de riqueza virgen, con una atmósfera pura. Una auténtica colonia de nuestro planeta, que nos libraría de la amenaza del hambre... Sería nuestro Nutronia II...

Tras una pausa concluyó:

—No va a ser posible, Stenia. La zona está invadida de hormigas. ¡No podrán luchar contra ellas!

* * * *

Soen rememoró el viaje realizado en torno a Lucarnia. Un lejano planeta de vida similar a Nutronia. Un planeta virgen, deshabitado. Un lugar cuyas tres cuartas partes eran absolutamente aprovechables.

Soen recordaba las palabras que pronunció con el piloto y amigo Skipper.

—Hay una cuarta parte abrupta e inhóspita. Todos los planetas tienen algo parecido, como selvas vírgenes o montañas impenetrables. Esto no será problema.

—Para vivir no. Pero ¿y para llegar? Una nave superior a dos plazas no puede. Ya se intentó.

—Sí... Pero debe de existir alguna solución —había murmurado Soen.

—Según las estadísticas hay que evacuar un par de millones de seres. De a dos en dos se necesitarían medio millón de naves y sólo disponemos de diez de este tipo. Aunque se construyeran más, no se daría abasto.

—Según Kelber —dijo Soen recordando— lo ideal sería mandar un envío en masa con materiales prefabricados para instalar una primera ciudad.

—¿Y dónde va a meter los materiales?

—Kelber está estudiando un sistema.

—Soen. Tú eres médico y yo piloto. Pero... entre nosotros. ¿Qué sistema puede existir para mandar varias brigadas de hombres al espacio con materiales prefabricados? Necesitaríamos una nave

enorme Y tú sabes que con más de dos plazas no se puede atravesar esa condenada divisoria de los vientos. Los bólidos deben poseer el peso exacto, idénticas características. Ni un gramo más de peso. Todo debe ser matemático. Es necesario hacer un sinfín de pruebas. En serio, Soen. No veo que ningún sistema pueda resultar positivo.

—Parece que Kelber nos prepara una sorpresa —sonrió Soen—, Pero no me preguntes cuál. El profesor suele ser muy enigmático.

CAPITULO IV

La sorpresa del profesor Kelber quedó desvelada algún tiempo más tarde.

Había reunido a todo el Congreso. Representantes de todas las sociedades del planeta se hallaban presentes en la gran sala destinada únicamente a los actos solemnes.

La gente estaba dispuesta en círculo en cuyo centro Kelber había hecho dibujar una circunferencia blanca.

Cuando la sesión empezó, Kelber habló a todos desde una de las cabinas de la parte superior.

—A todos los presentes les ruego por anticipado que acepten mis disculpas —empezó—. Hubiera querido hablarles desde un lugar donde todos pudieran verme. Sin embargo, el hablar no es mi fuerte, ni estamos aquí para perder tiempo con palabras. Ustedes quieren hechos y yo les he asegurado esos hechos.

A continuación habló del proyecto espacial:

—Sabemos que la Nutronia II es la solución de nuestros problemas. El planeta Lucarnia puede ser este habitáculo que buscamos, pero la dificultad está en llegar a causa de esa divisoria de los vientos. Un canal de viento espacial sólo permite el paso de una nave de escasa capacidad. Nuestro problema es poder transportar gente en cantidades masivas. Pues bien, este problema está resuelto…

Ante el mutismo y curiosidad general, uno de los técnicos ayudantes de Kelber entró en la sala y se colocó en el centro del círculo blanco previamente dibujado.

La voz del profesor sonó nuevamente para advertir a los concurrentes:

—Una demostración vale más que mil palabras. Uno de mis ayudantes se ha ofrecido para efectuar la prueba delante de todos ustedes. ¿Preparado, Spiler?

El ayudante, erguido en el centro del círculo, se pronunció afirmativamente.

—¡Señores! Van a presenciar algo insólito. Les ruego que

permanezcan en sus sitios. Guarden silencio, por favor.

Todos se preguntaban qué clase de experimento iba a realizar el profesor Kelber.

Algunos lo imaginaban, otros lo sabían por las pruebas que había realizado, pero la mayoría ignoraban totalmente el alcance de lo que en realidad era la transformación de la materia.

Un rayo de luz proyectado al techo impidió que la oscuridad fuera total en la inmensa sala. Un potente foco se proyectó sobre la persona del ayudante Spiler.

El silencio era absoluto.

La luz del foco que mantenía iluminado a Spiler aumentó de potencia y el ayudante se convirtió en un ente radiante, cuyo traje plateado producía fuertes destellos.

Un nuevo foco de tonos rojizos se concentró en el ente sobre cuyo cuerpo iba a producirse el esperado experimento.

En medio de la expectación, una chispa difuminó momentáneamente a Spiler que reapareció un segunda más tarde envuelto en una aureola de luz plateada.

El foco rojo actuó sobre el hombre y éste comenzó a empequeñecer.

Todo fue muy rápido. En unos instantes el ayudante del profesor quedó reducido a la nada.

Una exclamación general se produjo en la sala, pero antes de que nadie pudiera formular pregunta alguna, el profesor Kelber tomó la palabra para advertir:

—Que nadie se intranquilice. Spiler vive y ustedes podrán comprobarlo.

Ordenó que los altavoces fueran colocados a la máxima potencia y a continuación preguntó:

—¡Spiler! ¿Puedes oírme?

Tras un silencio expectante, la voz de Spiler, lejana, pero clara y audible repuso:

—Sí, profesor.

—¿Puedes verme? —siguió Kelber.

—Perfectamente.

—¿Puedes moverte?

—Ya lo he hecho, profesor.

—Dime exactamente dónde estás, Spiler —preguntó Kelber.

—Sobre el hombro del jefe Singer —respondió la voz en tono festivo.

El Jefe Singer, de una de las sociedades, se puso en pie de un salto. Instintivamente iba a llevarse una mano al hombro, pero la voz tajante de Kelber se lo impidió:

—¡Cuidado! Podría hacerle daño. No se mueva. Estese quieto, Singer.

—Me estoy perdiendo entre el tejido de su traje. Es una auténtica red, profesor —dijo Spiler—. Pero resulta divertido.

—¿Te encuentras bien, Spiler? —preguntó Kelber.

—Formidable, señor. En realidad ni siquiera me doy cuenta de mi disminución. Bueno, quiero decir que mirándome a mí mismo me veo absolutamente normal.

—Vuelve al círculo, Spiler. El experimento ha terminado —ordenó el profesor.

CAPITULO V

Con la vuelta de Spiler a su tamaño natural, el experimento de Kelber tocó a su fin ante la admiración general.

En el capítulo de preguntas el profesor satisfizo la curiosidad general.

—Con un millón de habitantes cubrimos totalmente el peso de la nave. Un bólido usual para el transporte de dos personas es suficiente.

Alguien se maravilló de que un millón de seres pudieran ser transportados en el espacio que habitualmente ocupan dos personas.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos… —murmuró el jefe Singer.

—Usted lo ha visto. Todos han visto esa transformación de la materia… En realidad es un experimento basado en la disminución de las células. El ser puede subsistir a cualquier tamaño. Es lástima que no puedan conseguirse los mismos resultados con otras materias…

Kelber explicó que no sería posible la reducción de armas ni de materiales aptos para construir en el nuevo planeta, pero en cambio:

—Una nave con un millón de seres puede transportar aparatos que esos seres manejarán una vez llegados a su destino y devueltos a su tamaño natural. Es lógico que durante algún tiempo deberán trabajar para construir viviendas, pero un millón de personas, con nuestros medios pueden hacer mucho trabajo. ¿No les parece?

Uno de los miembros del Congreso quiso saber:

—¿Y no puede existir ninguna dificultad para volver a las personas a su tamaño natural?

—Ya han visto la prueba a que he sometido a mi ayudante. Por eso la he realizado, para que nadie tuviera dudas.

Spiler también fue interrogado.

—¿De veras no siente nada especial reducido a un tamaño tan insignificante?

—En absoluto —respondió Spiler absolutamente convencido—. Y les aseguro que no es la primera vez que el profesor ensaya conmigo.

No se nota nada. Insisto. Absolutamente nada.

—Se convierte uno casi en un ser invisible —manifestó alguien—. Yo ni siquiera le vi y estaba al lado del jefe Singer.

El propio Singer asintió.

—Es cierto. Dijo que estaba sobre mi hombro.

—No le den más vueltas, señores —adujo el profesor Kelber—, El grado aproximado de esa disminución, deja al sujeto al tamaño de una pulga. Una hormiga a su lado es un auténtico monstruo.

* * *

Los experimentos de Kelber se intensificaron en los días que sucedieron a la reunión general, y a la vista de los óptimos resultados el Congreso general del planeta decidió que se autorizaba la prueba.

Un millón de personas reducidas a un tamaño invisible se trasladarían al planeta Lucarnia para construir las primeras moradas y edificios de Servicios para hacerlo habitable.

La bandera de Nutronia II ondearía en la parte más fértil del nuevo habitáculo. Sería el comienzo de una nueva era.

El piloto Skipper, con otros exploradores viajaron por dos veces a Lucarnia para asegurarse de que no existía peligro alguno para los nuevos moradores.

Cuando todas las pruebas fueron realizadas, el mando general convocó a los aspirantes de la gran aventura.

Un millón de seres iban a ser los pioneros de un nuevo mundo que prolongaría la paz y extendería la raza hacia otra galaxia.

Entre las palabras altisonantes que se pronunciaron, Servax, el jefe supremo dijo:

—El largo período de paz que disfrutamos en nuestro planeta, nos permitirá extender nuestra raza y ser los primeros seres conocidos, dueños absolutos de dos planetas…

Para Soen, como miembro del consejo de seguridad, quedaban aún algunos detalles por aclarar.

—¿Cuánto tiempo necesita para volver a los seres a su tamaño natural? Usted va a hacerlo a distancia y puede existir algún fallo.

—Voy a realizar una prueba para calmar sus temores, doctor —le contestó Kelber—. ¿Quiere usted someterse a la reducción?

Soen dudó unos instantes, pero al fin accedió.

—¿Por qué no?

—Me sorprende usted. La verdad es que pensé que tenía miedo.

—Tengo miedo, profesor. Lo tengo —sonrió Soen.

Un bólido pilotado por Skipper fue preparado para la prueba. Soen estaba dispuesto a ser reducido.

CAPITULO VI

Stenia, la esposa de Soen aceptó la resolución de su marido, pero no estuvo de acuerdo con ella.

—Hubiera podido hacerlo otro.

—Esto es egoísmo, querida. Preferir que otro pague las consecuencias no está bien. Yo soy miembro del consejo de seguridad. Soy el más joven. Me toca a mí probarlo. Ya sabes que no soy el primero.

—Eso no impide que tenga miedo.

—También lo tengo yo, querida —sonrió él—, pero todo saldrá bien. Ya lo verás.

Se besaron. Ella temblaba. El se mostró risueño e incluso se permitió bromear:

—Vas a convertirte por algún tiempo en la esposa de algo tan insignificante como un insecto.

Todo estaba dispuesto.

En una sala contigua a los hangares un ayudante de Kelber colocó una pequeña bandeja en el suelo y dio instrucciones al doctor Soen.

—Coloque ambos pies ahí. Estará un poco incómodo, pero no durará mucho. Pronto esa bandeja será como un planeta para usted. Incluso verá su horizonte.

Soen obedeció. El profesor Kelber había trasladado su rayo graduándolo a la distancia necesaria.

—¿Dispuesto, doctor? —preguntó.

—Cuando quiera, Kelber.

En aquellos instantes, Soen, aunque aparentaba una absoluta serenidad, temblaba por dentro.

El rayo le deslumbró por completo y pensó que era el instante de no perderse ningún detalle del experimento del que iba a ser protagonista.

Creyó advertir una mayor intensidad en la luz e incluso notó un

tono rojo anaranjado a su alrededor. Sintió cómo los latidos de su corazón sufrían una brutal aceleración.

Fue sólo un instante. Luego volvió a la normalidad.

El potente rayo seguía allí. Pensó que algo había fallado porque él continuaba a su tamaño natural.

—¿Qué pasa? —preguntó y escuchó perfectamente el eco de su voz.

A su pregunta retumbó en sus oídos la voz del profesor Kelber.

—¿Qué tal se encuentra?

—Yo perfectamente...

Fue entonces cuando se disipó una tenue niebla que había creído ver ante sí.

Se frotó los ojos y vio a su alrededor una enorme superficie plateada. Mirara donde mirase, todo en torno suyo tenía el mismo color.

Era como hallarse en el centro de una explanada incalculable de la que incluso podía ver el horizonte a su entorno.

No se percató de la presencia de unos gigantescos pies, ni del par de manos que levantaron la pequeña bandeja para transportarlo.

—¡Profesor! —gritó—. Ahora lo comprendo. Lo ha conseguido usted...

Y como respuesta escuchó una suave risa.

Sí. Se había convertido en un ser diminuto, en el tamaño de una pulga sin siquiera advertirlo.

Luego fue depositado en un rincón de la nave. Una cajita metálica le sirvió de cobijo.

Durante el viaje. Skipper, algo incómodo, comentó:

—La verdad, Soen... Uno se siente como espiado. Aunque sea por un buen amigo como tú... ¡Vamos, responde! ¿Sigues en la caja?

—No, Skipper. Estoy sobre tu hombro. Es como estar en una montaña.

—Pues procura no hacerme cosquillas.

—Podría escalar hasta tu oreja y meterme dentro. Es curioso. Realmente curioso.

—Será lo curioso que tú quieras, pero preferiría verte a tamaño natural. No me gusta tener conversaciones con insectos.

—Cuando atravesemos la barrera, Skipper. Entonces puedes llamar al profesor.

—Ojalá todo salga bien —murmuró el piloto y luego se arrepintió de haber expresado sus presagios.

—No digas eso, hombre. Más preocupado debería estar yo.

Y pasaron la barrera.

Era el momento en que Kelber tenía que demostrar que también a distancia era posible conseguir la metamorfosis.

CAPITULO VII

—Todo listo, profesor Kelber —anunció Skipper desde el bólido.

—De acuerdo —respondió la voz del profesor.

Y Soen quiso saber:

—¿Dònde debo colocarme?

—En el sillón contiguo al de Skipper. No espero que ocurra nada anormal, pero es mejor poner la marcha automática.

—¿Quiere esto decir que debo retirarme? —preguntó Skipper.

—No. No es necesario —respondió el profesor.

—De acuerdo. Pongo el vuelo automático. ¿Alguna otra instrucción?

—Ninguna.

—Adelante, entonces.

— Todo dispuesto —anunció Kelber.

Soen se había situado en el centro de la silla. Skipper observó apercibiéndose de una mota negruzca sobre el plateado del asiento y no pudo evitar un escalofrío. ¿Era posible que «aquello» fuese su amigo el doctor Soen?

Pasó un breve espacio de tiempo sin que se produjera la menor modificación en el tamaño de Soen.

El vuelo, seguía a la misma velocidad normal. Todo, todo era absolutamente normal. Skipper observaba atentamente el reloj que iba recorriendo los puntos.

—¡Profesor! Aquí no ocurre nada, Soen no ha aumentado de tamaño.

—No se impaciente. A distancia la operación es algo más lenta.

La voz de Kelber sonaba tranquila, segura.

Soen seguía y el piloto Skipper trataba de disimular su impaciencia.

—Ya lo has oído —comentó como queriendo tranquilizar a su amigo—. Todo bien. Un poco lento.

Quien guardaba silencio era Soen. De nuevo sentíase invadido por el miedo a lo desconocido.

Y los puntos continuaron siendo recorridos por la aguja indicadora del paso del tiempo.

—Llevamos siete minutos, profesor —dijo Skipper sin poderse contener.

—Lo sé. ¡Tranquilo! —fue la respuesta.

¿Cómo estar tranquilo?

Ocho minutos y todo seguía igual.

La mota negra inmóvil sobre el centro del asiento plateado seguía allí, esperando.

¡Era un ser vivo!

—¿Estás bien, Soen? —preguntó Skipper.

—Sí, amigo. Sigo bien —respondió el doctor.

Stenia, la esposa de Soen, se hallaba también al lado de Kelber sin poder dominar su angustia. Este se volvió y le devolvió la confianza.

—Son nueve minutos exactamente. Un minuto por cada punto. ¡Ya está! ¡Observe!

A través de la pantalla pudo ver cómo sobre la silla aparentemente vacía se formaba una débil niebla. Luego la imagen de su esposo apareció en la pantalla. ¡Había recobrado el tamaño normal!

—¡Soen! —gritó su compañero de vuelo.

A Stenia le saltaron las lágrimas. El profesor era el único para quien todo le parecía absolutamente normal.

Cuando la nave regresó, Soen y el profesor estuvieron conversando sobre el inmediato futuro.

—Un minuto por punto, profesor. Esto hará que una vez en Nutronia, los hombres tardarán una hora en recobrar su estado normal.

—Exacto.

—¿No es demasiado tiempo?

—No creo que haya ninguna prisa. ¿No le parece, Soen?

—Yo he pasado por la prueba, profesor Kelber. Sé cómo se ven las cosas más insignificantes. Una oreja, por ejemplo, es una pared monstruosa con salientes inaccesibles y un poco sin fin… Cualquier alimaña se convierte en un auténtico monstruo.

—Nutronia II es un valle sin alimañas. Todo es puro, mi querido doctor.

Pero Soen pensaba en otra cosa.

—Tendrán que salir de la nave para recobrar su tamaño. Un millón de seres no pueden volver a la normalidad en un espacio donde sólo caben dos o tres…

—No ocurrirá nada. Esté tranquilo —reafirmó el profesor.

CAPITULO VIII

La prueba de que el joven doctor Soen no quedó tranquilo, fue su constante ir y venir en busca de datos. Ya no había tiempo para un nuevo viaje de reconocimiento, por lo tanto tuvo que valerse de documentos gráficos tomados en anteriores viajes y de informes sobre el subsuelo y propiedades del nuevo planeta.

Tras sus desvelos el resultado fue la causa de aquella preocupación que había motivado su petición de que el vuelo fuera suspendido.

Aún no estaba seguro cuando pidió un aplazamiento que no le fue concedido.

—Un millón de personas esperan con ilusión esa gran aventura. Según el profesor Kelber no existe ninguna clase de peligro. Y usted carece de pruebas de que realmente exista un motivo para la suspensión.

—No tengo informes concretos, señor, pero en todo planeta habitable, de iguales características del nuestro no es difícil encontrar alimañas. Piense en el tamaño de los seres. Insignificantes como pulgas.

—El profesor Kelber está absolutamente seguro. No podemos dudar de su palabra.

Era el propio Servax. El jefe supremo de toda la comunidad planetaria quien tenía ante sí.

—Yo no puedo poner en tela de juicio lo que nuestra primera eminencia da por seguro. Iría en contra de las normas que nos han permitido vivir tantas generaciones en paz.

—Si consiguiera esas pruebas…

—Entonces, tal vez… Tendríamos que convocar al Congreso. De cualquier modo es Kelber quien lleva la operación. Hable con él.

Es lo que había hecho sin el menor resultado, por eso salió de la entrevista con el jefe supremo absolutamente descorazonado.

Los días que sucedieron cotejó apuntes, buscó, controló, indagó y todo sin el menor resultado.

—Puede que estés equivocado, Soen —le dijo su mujer—, Kelber

está muy seguro en todas sus cosas.

—Tengo motivos para sospechar que Kelber no dice todo lo que sabe.

—¿En qué te fundas?

—En algo concreto... No sabría cómo explicártelo. Yo sé, por ejemplo, que recibe mensajes secretos, que oculta algunas cosas... Ese invento suyo, por ejemplo, ¿por qué no reveló antes su existencia?

—Bueno, quizá no estaba seguro. Los científicos son gente aparte. Tienen sus manías.

—No sé. Ojalá sea sólo esto... Pero yo diría que Kelber trabaja más para sí mismo que para la comunidad. E insisto en que ojalá sea sólo un presentimiento.

Y llegó el día de la marcha masiva.

Un millón de seres estaban dispuestos para la reducción.

De acuerdo con las instrucciones del profesor, la disminución se haría en grupos de cinco mil formados debidamente en grupos compactos.

Dos grupos de cinco mil seres cada uno fueron dispuestos en la explanada de la base.

—La reducción se hará simultáneamente —anunció el profesor—. El segundo turno que esté preparado.

Desde el aire podía observarse perfectamente aquel par de masas formando sendos cuadrados en espera de convertirse en la centésima parte de un ejército de pioneros.

Diez mil seres a la vez recibieron por diferentes focos, aquella extraña y reluciente luz que era el inicio de la transformación.

La expectación enorme no quedó defraudada y pronto el desfile de los grupos que debían ocupar la nave se convirtió ya en algo monótono.

Por cien veces se repitió la prueba simultánea. Al fin en algo menos de cien minutos lo que antes habían sido nombres y mujeres quedó convertido en motas negras que subían por la rampa colocada en la pequeña nave en busca de los pequeños espacios que habían sido dispuestos para su acomodo.

El tamaño de los pasajeros significó un gran ahorro de tiempo en el momento de subir, por fin la nave quedó dispuesta para partir.

A Soen le extrañó que Skipper no fuera el tripulante.

—Eres quien más veces ha hecho la ruta —le dijo Soen que había presenciado el embarque.

—En este viaje no vale la antigüedad. La nave será teledirigida. Ordenes de última hora —repuso Skipper.

Con esta nueva noticia aumentaron las sospechas de Soen. Pero ya era tarde. La nave despegó con absoluta normalidad. Un equipo compuesto por los mejores técnicos cuidaba de su funcionamiento.

El bólido cargado con un millón de seres era ya un punto insignificante en el espacio.

CAPITULO IX

Fue a la segunda jornada de viaje cuando Soen tuvo completo su informe descubriendo la existencia de una notable cantidad de hormigas en la zona elegida para la toma de contacto con el planeta.

Se trataba de hormigas absolutamente normales, con las mismas costumbres que las del planeta. Hormigas de longitud inferior al centímetro, pero tal como había dicho el profesor Kelber el día de la prueba pública de su descubrimiento, cada una de ellas tenía un tamaño diez veces superior al de un ser reducido.

—El primer grupo que recobre el tamaño normal tardará una hora —dijo en voz alta Soen, aunque nadie podía oírle—. En una hora las hormigas tienen tiempo suficiente de atacarles...

Fue directamente a hablar con el profesor Kelber para pedirle el regreso inmediato de la nave, pero el científico fue tajante.

—No tenemos nada más que hablar. Le ruego que me deje solo...

Se lo había dicho a partir de aquella comunicación en clave que cortó justamente en el momento de iniciarse. Una comunicación llegada... ¿De dónde?

Stenia interrumpió los pensamientos de su marido.

—Están ahí. Preguntan por ti —dijo.

Eran los miembros de una parte del Consejo de Defensa que él había convocado de acuerdo con las normas.

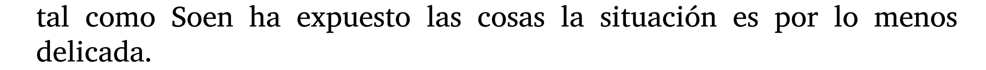
Cualquier miembro ante un caso podía convocar junta de deliberación.

Uno a uno fueron llegando los hombres y mujeres que formaban parte del Consejo. Luego, reunidos ya en la sala funcional del hogar de los Soen, éste explicó los motivos por los cuales les había citado.

—La situación es grave, pero me temo que será difícil doblegar la voluntad de Kelber.

Frasser, en su calidad de jefe del consejo, tomó la palabra tras un silencio:

—Estoy de acuerdo en que no se puede desautorizar a Kelber, pero



tal como Soen ha expuesto las cosas la situación es por lo menos delicada.

—¡Grave! —insistió Soen.

—Tenga calma, Soen. La nave tardará aún en llegar a su destino. Si se comprueban ciertos extremos sería posible hacerla regresar.

—Poseo todas las pruebas, señor. Existe realmente el peligro y no hay nada más que comprobar.

—Veamos, Soen. En principio el profesor Kelber no estima en demasía ese peligro. Las hormigas. Una hormiga no puede vencer a un ser humano… Admito que ese ser disminuido puede estar en inferioridad, pero le queda la inteligencia. ¿Ha olvidado ese extremo, Soen?

—No. No lo he olvidado, señor. Pero pienso que una hormiga persigue su sustento. ¿Nadie de ustedes ha visto nunca un ejército de hormigas devorar a un escarabajo? Piensen en nuestros semejantes, infinitamente inferiores. ¿De qué puede servir la inteligencia ante la presencia de unos monstruos cuyas patas pueden aplastarles? Una invasión de hormigas de por sí es capaz de acabar con un ser de tamaño natural. ¿Olvidan eso a la hora de dudar de mis pruebas?

—No dudamos, Soen. Al contrario. Y a todos nos gustaría encontrar una solución.

—De acuerdo. Tenemos la solución. Si el consejo en pleno lo aprueba puede suspenderse el vuelo. Ordenen regresar la nave.

—Habría que someterlo a votación —murmuró el jefe Frasser.

—Sometámoslo.

Frasser indicó a los reunidos que en caso de que el consejo en pleno diera su conformidad a la suspensión, significaría una forma abierta de oposición contra el proyecto de uno de los jefes, en este caso de Kelber.

—Mediten las consecuencias.

—Piensen también en la pérdida de vidas que puede suponer llevar adelante el proyecto —adujo a su vez Soen como defensor de la tesis.

La votación fue rápida. Una mayoría fue propicia al regreso de la nave.

—Soen puede estar equivocado, pero como miembro del Consejo de Seguridad tenemos el deber de velar por nuestros congéneres —dijo el miembro encargado de dar a conocer el resultado de la votación.

Frasser se puso en pie para indicar:

—De acuerdo. Soen y yo iremos a ver al profesor Kelber para explicarle la situación. Nada más, señores.

Soen se sentía satisfecho. La suspensión del vuelo significaba no ya un triunfo personal a su tesón, sino la salvación de aquel convoy que viajaba indefectiblemente hacia la muerte.

CAPITULO X

Kelber recibió a los dos hombres con su perenne sonrisa a flor de labios. Parecía saber de antemano a lo que venían y no se inmutó en absoluto cuando Frasser le comunicó:

—En la votación del consejo ha habido mayoría Era de esperar. Todos piden seguridades. Es su misión y yo lo apruebo por completo. Así pues, todos están de acuerdo en que el vuelo se haga regresar.

—Yo no pienso hacerlo, Frasser. Pero ya imaginaba que nuestro inefable Soen llegaría todo lo lejos que le permitieran sus cualidades. Y son muchas. Es una lástima que no haya comprendido.

—¿Qué es lo que he de comprender, profesor?

—Que hay cosas que no pueden variarse. Piénselo Soen. Usted es inteligente.

Soen cambió una mirada con Frasser, que se mantuvo impertérrito.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué trata de insinuar, profesor? ¿Usted lo sabe, Frasser?

Tras un silencio, Kelber anunció con voz solemne:

—Nunca me volveré atrás de mi proyecto. Dígaselo usted, Frasser.

—¡Usted lo sabía, Frasser! —exclamó el joven.

—Sabía que era inútil convencer al profesor. El tiene sus teorías.

—Y usted las comparte, Frasser. ¿No es así? —inquirió Kelber.

—Nunca he estado muy seguro. Y a usted le consta. De todos modos usted es quien decide.

—¿Qué significa esto? —inquirió Soen—. ¿Qué clase de complot han ideado...?

—No es un complot, Soen. Se lo aseguro. Es, por mejor decir... una necesidad. De cualquier modo usted no quiere entenderlo. No importa. Soy el jefe de esta operación. Tengo plenos poderes. Y le aseguro que no pienso dar la orden de regreso de esta nave.

—¿Y no sirve de nada el voto del Consejo de Seguridad? —saltó Soen.

—No —fue la tajante réplica de Kelber.

—Por encima de usted hay el miembro superior del Consejo de las Comunidades —recordó Soen.

—Me importa muy poco. Aunque me obligaran...

—¡Le obligarán, Kelber. Le obligarán a dar la orden, y si no lo hace usted lo harán otros.

—Lo dudo.

—¡Yo mismo! No sé qué juego se trae entre manos, pero lo único que parece claro es que no le importa lo más mínimo que un millón de seres mueran devorados por las hormigas.

—Un millón y los que hagan falta...

—¿Qué está diciendo? —adujo Soen aterrado.

—Nadie puede obligarme a devolver a esos seres a su estado fisiológico normal. ¿Ha olvidado este detalle? Si alguien, por su cuenta, da la orden de suspender el vuelo, esos seres que tanto le preocupan continuarán en su estado actual. Poco menos que células incapaces de enfrentarse a una hormiga.

Soen empezó a comprender.

—Entonces... Usted lo sabía —estaba realmente aterrado al comprobar la maldad que se ocultaba tras el tranquilo rostro de Kelber.

—Lo de las hormigas lo averiguó usted, querido y listo doctor. Pero eso importa poco.

—¡No! No puedo creerlo... Usted... Usted no pensó jamás en devolverles su forma normal.

Tras un silencio, Kelber se volvió hacia Frasser para decirle:

—Dígaselo usted. Quizá Soen consiga comprender la verdad...

Soen escondió la cabeza entre las manos. Antes de que el jefe de la Seguridad le hablara comprendió cuál era la cruel realidad.

CAPITULO XI

—Son varios los que piensan lo mismo, Soen. Quizá usted lo considere una crueldad. Hay quien mira la cuestión más fríamente. No sé quién tiene razón. No lo sé. Creo que en estos momentos importa poco.

Soen escuchó a Frasser en silencio. Estaba aturdido, anonadado. No acertaba a comprender aquella realidad que por primera vez se le ofrecía claramente, sin tapujos.

—Importan las vidas humanas que ustedes premeditadamente han enviado a la muerte.

—Tienen una posibilidad de sobrevivir —murmuró el profesor Kelber—, En cualquier caso un millón de personas menos resuelve algunos problemas. Somos demasiados, querido Soen. Pensé que lo había comprendido.

—¡Pero existe el planeta que nos proponíamos habitar como una prolongación de nuestro propio habitáculo! Esa era la razón primordial del viaje. ¡Son ustedes los que no se dan cuenta! ¡Asesinos! Eso es lo que son…

Frasser prefirió guardar silencio.

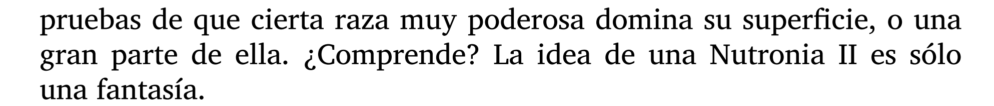
—Comprendo. Nuestro jefe supremo también está enterado… ¿A cuántos más piensa reducir? ¿A cuántos más van a engañar?

—A los que haga falta, Soen —explicó tranquilamente Kelber—. A los que haga falta. Los que sobran deben morir. Es un axioma. No se obliga a nadie. Ellos mismos salen voluntarios.

—Nuestro habitáculo debe saber esto. Quizá no quieran escucharme. Es posible que la voz autorizada del gran profesor Kelber sea mejor atendida que la mía.

Sí. Incluso es probable que hasta nuestro honorable jefe supremo me haga pasar por loco delante de los demás. Pero les aseguro que lucharé para que la verdad sea conocida. Más de uno reflexionará. Los posibles voluntarios dudarán antes de ofrecerse, porque nadie quiere arriesgar la propia vida en una aventura de cuyo éxito se dude.

—Soen —cortó Frasser suavemente—. Escuche… No es seguro que el planeta que pensábamos poblar ofrezca garantías. Existen fundadas



pruebas de que cierta raza muy poderosa domina su superficie, o una gran parte de ella. ¿Comprende? La idea de una Nutronia II es sólo una fantasía.

—¿Cuándo supieron esto?

—Hace algún tiempo. No mucho —dijo Frasser.

—Ahora comprendo —repuso Soen—. Son los contactos secretos del profesor. ¡El lo sabía! —Y señaló acusadoramente a Kelber, que ni siquiera se inmutó.

—No podíamos decir la verdad —continuó Frasser—. Ese planeta se había convertido en la obsesión unánime. Era la puerta de escape, la gran solución a nuestro problema. Decepcionando a la gente corríamos el riesgo de…

—De una guerra —concluyó Soen—. Y para evitarla han preferido mandar a un millón de hombres a la muerte. No. Nunca comprenderé sus frías teorías. ¡Nunca! Pero repito que lucharé. Lucharé para ser escuchado.

—No hará nada de eso, querido Soen —atajó Kelber flemáticamente.

—Sí lo haré. —Y Soen intentó avanzar hacia la puerta de aquel despacho privado.

—No pensará en salir de aquí, ¿verdad? —sonrió el profesor.

—Sé que puede usted impedirlo. Sé también que Frasser no moverá ni un solo dedo para protegerme, pero les advierto a ambos que primero tendrán que matarme…

—Si es necesario hacerlo desaparecer no dude que lo haré, Soen —previno el profesor.

—Hágalo, profesor… Con razón sospechaba de usted… Pero piense que mi mujer tiene instrucciones.

Si yo no regreso a mi hogar ella actuará por mí. Tengo amigos aún. Saben que soy incapaz de traicionar nadie. Stenia se pondrá en contacto con ellos. Aunque yo esté muerto la verdad se sabrá.

—Su mujer no hará nada, Soen. Es mejor que se convenza por sí mismo. Está usted atrapado. Ha querido ir demasiado lejos. Véalo usted mismo.

El profesor conectó una pantalla y al instante la imagen mostró una escena en casa de Soen.

Allí estaba Stenia, su esposa. Con ella se encontraban dos guardas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Soen—. ¿Cómo se han atrevido…?

—Tranquilo, Soen. A Stenia no le ocurrirá nada si usted se porta bien. En caso contrario, daré instrucciones a esos hombres para que se ocupen «debidamente» de su mujer. Ya sabe lo que esto significa, ¿verdad?

CAPITULO XII

La nave de normal capacidad volaba hacia su inexorable destino. El millón de seres disminuidos podían moverse libremente en sus pequeños compartimientos, e incluso pasear por la plataforma del bólido, que dadas las circunstancias era, para cada uno de ellos, como un inmenso llano metálico de gigantesca superficie.

Cada uno de aquellos seres podía pensar libremente y hablar como si su tamaño fuera el que habían tenido siempre.

Entre ellos comentaban el tiempo transcurrido, contando lo que les faltaba para llegar.

—Un bólido con herramientas vuela cerca de nosotros. No nos van a dar tiempo para que descansemos —comentaba uno.

—Yo no necesito descansar —repuso otro—. Estoy ansioso para empezar a trabajar en Nutronia II.

—Dicen que es un habitáculo excepcional. ¡Y será sólo para nosotros!

Kirsten, un muchacho joven, exclamaba: —Mi mayor ilusión es poder ser uno de los forjadores de esa nueva vida. Eso ocurre una vez cada millones de generaciones. No todos podrán decir lo mismo que yo cuando llegue a viejo.

En general la ilusión para llegar al nuevo «mundo» estaba en su grado óptimo. Nadie pensaba en fracasos. Nadie se creía abandonado a su suerte. Confiaban plenamente en quienes les habían enviado a su nuevo destino.

En algún lugar del planeta, Mekok, a través del mirador amplificado, observaba el vuelo de la nave que podía ver en primer plano, a la vez que calcular la distancia que le faltaba todavía por recorrer.

Luego, al informar a su jefe supremo Ruango, dijo

—Son dos jornadas según la forma de calcular de los nutros. De acuerdo con nuestro sistema llegarán cuando la aguja solar haya dado una vuelta completa

—Será interesante estar cerca de ellos... —sonrió Ruango—. Haré

que preparen un bólido. ¿Quieres compartir una plaza conmigo, Mekok?

—No creo que sea tan divertido. Lo observaré desde aquí. De cualquier modo no creo que exista ningún peligro, pero debes prevenirte por si acaso. No olvides las armas.

—Por supuesto, aunque no voy a necesitarlas para luchar contra insectos... —y soltó una risotada al pensar en aquella nave repleta de seres insignificantes que se dirigía hacia el planeta.

En el despacho privado del profesor Kelber, había llegado la conversación entre los dos hombres del lejano planeta.

Los sonidos que habían llegado hasta su receptor fueron traducidos rápidamente. Frasser, que seguía en el despacho, pudo oír las palabras llegadas de aquel mundo extraño.

—¿Qué clase de gente cree que son, profesor?

—El reducto de una raza. Seguramente domina la parte abrupta del planeta. No hay duda de que se trata de gente de notable inteligencia.

Frasser dudó unos instantes antes de preguntar

—¿Cree usted que son realmente peligrosos?

—No se dejarían invadir fácilmente. Esto es seguro.

—De cualquier modo... Pienso que tal vez... No sé... Yo no...

—¿Qué le pasa, Frasser? ¿Está arrepentido de algo!

—No pueda evitarlo, Kelber. Pienso en ese millón de seres que viajan en la nave.

—Pues olvídelos. Otros les seguirán. No es muy difícil convencer a la gente. A usted le consta.

—Se podría hacer algo.

—¿Por ejemplo?

—Parlamentar con los actuales habitantes del planeta. Usted cree que no son muchos... Si son seres realmente inteligentes querrán escucharnos y comprenderán que vamos en son de paz...

—No, Frasser —cortó el profesor—. No serviría de nada y por el

contrario podría provocar una guerra en la que nos veríamos involucrados todos. ¿Es eso lo que quiere?

—No es seguro que se produjera una guerra —terció Frasser.

—Yo pienso que sí. Y estoy convencido de que si se sintieran amenazados serían ellos los primeros en atacar. Y vendrían a nuestro planeta y lo destruirían. ¿Cree que vale la pena correr el riesgo? No, Frasser. Deje que haga las cosas tal como las he planeado, con unos cuantos millones de menos nuestro habitáculo seguirá viviendo en paz. De este modo eliminamos los que sobran sin ocasionar ninguna destrucción. ¿No le parece?

Frasser era demasiado cobarde para replicar el cínico razonamiento del profesor. El mismo reconocía su propia impotencia, su temor y se despreciaba a sí mismo.

CAPITULO XIII

Soen había sido encerrado en una estancia y conminado a reflexionar.

Disponía de una silla, una mesa y una radio con la que podía comunicarse con el exterior, pero en ningún momento pensó hacerlo. Sabía que todo estaba controlado. Que vigilaban cada uno de sus movimientos y esperaban sin duda de que diera un paso en falso.

«No —se repetía—. No puedo avisar a Stenia. Ella también está en sus manos. De momento sólo puedo hacer lo que me ordenen.

Y seguía pensando en la forma de salir de aquella encerrona; en el modo de poder salvar a los viajeros de aquella nave; y en cómo avisar a todo el planeta de los criminales propósitos de Kelber.

—Si pudiera escapar sin que lo advirtieran...

Sabía que esto era poco menos que imposible. En la estancia, aunque invisibles, existían docenas de ojos que le controlaban desde las pantallas. Docenas de oídos que captarían cualquier conversación que él sostuviera.

Disponía también de una pantalla de alcance limitado. No podía accionarla por sí mismo, pero alguien lo hizo a distancia y así pudo ver nuevamente una escena de su propia casa.

Vio a Stenia, sentada con actitud impaciente. Cerca de ella estaban los guardianes enviados por Kelber.

«Sé que ella lo presiente» se dijo a sí mismo.

Luego escuchó la voz de su esposa hablando con uno de los dos guardianes:

—¿Por qué creen que puede ocurrirme algo? —preguntaba—. Les aseguro que no siento temor alguno. No tenemos enemigos.

—Su marido pertenece al Consejo de Seguridad. Tenemos orden de no dejarla mientras él esté ausente.

—Se ha ausentado muchas veces y nunca nos han mandado vigilancia —adujo ella.

—Son tiempos malos. La gente está nerviosa —dijo uno de los

guardianes.

—Sí. Yo también lo estoy. Por eso preferiría estar sola. Váyanse. Se lo ruego.

—No podemos hacerlo, señora —dijo uno de los hombres.

—¿Y si yo se lo ordenara? —inquirió ella con velada energía.

No hubo respuesta. Stenia comprendió.

Y en su interior, Soen gritó:

«Escapa, Stenia. Escapa si puedes. Busca a cualquiera de nuestros amigos. Cualquiera de ellos te protegerá… Muéstrales la carta que he dejado grabada. Déjales oír mi voz. Lo que era sólo un temor se ha convertido en realidad. ¡Vamos, Stenia, escapa!»

Claro que ella no podía oír los pensamientos de su marido, pero él estaba seguro de que Stenia presentía algo.

Accionó la radio y pidió hablar con Kelber.

Y el profesor le visitó personalmente momentos después.

—Dejen en libertad a mi mujer. Ella no tiene nada que ver en todo esto.

—Pero usted le dejó instrucciones —recordó Kelber.

—Déjeme hablar con ella. Le diré que me encuentro bien. Que estoy trabajando en algo urgente y que no me espere. La convenceré que no ocurre nada, pero a cambio dejen de vigilarla.

—Ella es nuestra mejor garantía de que usted se portará bien, Soen —sonrió el profesor.

—¿Qué pretende, Kelber? Manteniéndome encerrado no conseguirá nada. Olvida que el consejo está esperando noticias. Tuvimos una reunión.

—Frasser cuidará de informar a los miembros del consejo de que la decisión ha sido anulada por causas poderosas. Dirá a su vez que usted está colaborando conmigo. Les traerá un mensaje de su propia voz. Va a grabarlo usted.

—No haré eso —protestó el joven.

—Sí lo hará, Soen. Dirá que se había equivocado, Que el viaje no

ofrece ningún peligro y que revoca su acusación contra mí. Lo hará ahora mismo. Empiece a hablar, Soen. El receptor recogerá su voz...

Soen iba a negarse una vez más, pero de nuevo se iluminó la pantalla y pudo ver a su mujer. Comprendió que si se negaba a hacer lo que el profesor le exigía, sería primero su propia esposa la que pagara las consecuencias.

—Estoy esperando que hable, Soen. Dese prisa. A menos que prefiera presenciar algo muy desagradable.

Y con un mando a distancia puso el receptor en marcha para ser él quien primero hablase.

—Soy el profesor Kelber. Tengo junto a mí a Soen, que tiene algo importante que comunicar al consejo. —Y con un gesto indicó al joven doctor que empezara a hablar.

CAPITULO XIV

Muy a pesar suyo Soen tuvo que pronunciar aquellas palabras bien contrarias a lo que estaba pensando:

—Soy Soen, en efecto. Estaba en un error. Según Kelber, el vuelo no ofrece ningún peligro y creo que debe continuar.

El profesor cortó al tiempo que murmuraba:

—Por ahora es suficiente. Pero por supuesto continuará usted aquí.

—Deje a mi mujer, Kelber —reclamó Soen.

—Todo a su tiempo —repuso el profesor dándole la espalda.

—Esto no es lo pactado. Usted dijo...

—Yo no hago pactos —atajó Kelber volviéndose con altivez.

Soen vio la puerta abierta. No había a la vista ningún guardián. Estaban solos los dos.

Kelber adivinó los pensamientos del joven y metió rápidamente la mano derecha en su bolsillo en busca del control remoto para pedir socorro.

El salto de Soen se lo impidió.

Cayó sobre el profesor y los dos rodaron por el suelo durante unos instantes. Kelber intentaba usar su control para que sonara la alarma, pero Soen consiguió retorcérsela hasta hacerle perder el diminuto aparato.

Incorporado ya el joven le obligó a levantarse y le golpeó brutalmente hasta hacerle sangrar. Posteriormente, acorralándolo contra una esquina, le advirtió:

—Jamás me hubiese atrevido a hacer una cosa así, profesor. Sentía por usted un profundo respeto, pero no soy yo quien ha cambiado. Usted mismo lo ha hecho con su actitud. Ahora diga que suelten a mi mujer. Hágalo o...

—¿Piensa matarme, Soen? —inquirió Kelber con un atisbo de ironía. Soen le abofeteó.

—No me obligue, Kelber. No me obligue. Soy más joven que usted,

más fuerte que usted, puedo destrozarle…

—¿Y cómo espera que un millón de seres vuelvan a la normalidad si a mí me ocurre algo? ¿No es por ellos por quien lucha?

Muy a pesar suyo, Soen comprendió que Kelber aprovecharía aquella baza a su favor. Era realmente cierto que sin su concurso, los hombres disminuidos a poco más del tamaño de una célula no tenían la menor posibilidad de rehabilitarse. Su suerte estaba en manos del profesor.

—Usted pensaba matarles, profesor, de todos modos. No tienen ninguna esperanza de sobrevivir. ¿No es eso?

—Ni usted tampoco, Soen. Ha llegado demasiado lejos. Piense que está solo en esto. Nadie le protegerá.

—Lo harán en cuanto sepan lo que han estado tramando.

—La guardia se opondrá a todo intento. Piénselo, Soen.

—Yo ya lo he pensado, profesor. Deje en libertad a mi mujer y ordene que regrese la nave.

El profesor sonrió. Trataba de ganar tiempo. Soen comprendió que cada segundo era de vital importancia, por eso hizo lo que creyó más conveniente en aquellos instantes.

—Usted lo ha querido, Kelber —le atrajo hacia sí y le golpeó con furia para dejarle sin conocimiento.

«No me queda demasiado tiempo», pensó.

Se oían voces en el corredor cercano. Alguien se aproximaba.

Miró a Frasser, que durante todo el tiempo había permanecido neutral. Pensó que en aquellos momentos no tenía a nadie más en quien confiar. Puesto que Frasser no había ayudado al profesor podía intentar obtener su ayuda.

—Entretenga a los que vienen, Frasser —y al decirlo arrastró a Kelber hacia una puerta cercana.

—Es una locura. Está usted solo.

—Usted también está comprometido ahora, Frasser. ¡Vamos! Todavía tiene tiempo de volverse atrás de ese monstruoso crimen que habían preparado.

—Yo me vi metido en ello. De nada hubiera servido oponerme.

Las voces estaban ya más cerca. Soen empujaba ya la puerta hacia la que había llevado a Kelber.

Y decididamente metió al profesor en la estancia contigua. Era un pequeño cuarto de herramientas auxiliares. Buscó una cuerda para atar a Kelber, al que cuidó de amenazar.

En el despacho dos ayudantes de Kelber aparecieron en aquellos instantes.

—¿No está aquí el profesor? —preguntó uno de ellos a Frasser.

Frasser miró en torno suyo antes de responder. Al fin lo hizo:

—No. No. Acaba de marcharse. Yo me iba también.

—¿No sabe dónde está? Tiene que ir a control. Es por algo relacionado con la nave experimental. Hay ciertas dificultades.

—Bien. Veré si le encuentro —repuso Frasser.

Cuando los dos ayudantes se ausentaron apareció de nuevo Soen. Había dejado va al profesor Kelber imposibilitado de todo movimiento y convenientemente amordazado para que no pudiera gritar.

Cambió una silenciosa mirada con Frasser y comprendió que podría contar con él.

CAPITULO XV

Soen y Frasser marchaban juntos en el vehículo que pilotaba el primero a gran velocidad hacia su casa.

—Le dejaré cerca de la base, Frasser, póngase en contacto con Skipper, y ordene que preparen una nave.

—¿Qué se propone?

—Alcanzar a los otros.

—Es una locura.

—Entonces ordene usted mismo que regresen. Tiene autoridad.

—No puedo hacerlo. Buscarían a Kelber y al final lo descubrirían todo. Piense en la gente que está involucrada en todo esto.

—Sí. El propio Servax... nuestro jefe supremo. Hay cosas que jamás llegaré a comprender.

—Estamos enfrentados contra todo el poder. He sido un loco haciéndole caso.

—No, Frasser. Ha sido consciente. Lo otro era un crimen. Usted tampoco estaba demasiado de acuerdo. Obró por miedo.

—Todos hemos obrado por miedo. El profesor Kelber sabe muchas cosas. Más de las que imaginamos. En realidad es él quien dispone de todo.

—Le dejaron llegar demasiado lejos sin exigirle informes.

—Confiamos en él.

—Y ya ve lo que ha sucedido. Frasser. Vaya a hablar con Skipper y que haga lo que le he dicho. Después intente convencer a Servax, que convoquen un consejo urgente. Indíqueles lo que ha ocurrido. Explíqueles...

—Sería inútil. No querrán reconocer públicamente lo que han autorizado. ¿No lo comprende?

—Sólo pienso en lo que será de esos seres y de todos nosotros si nos sometemos al profesor Kelber. Baje ya. Hemos llegado.

Soen frenó el bólido cerca de una de las entradas de la base e hizo un ademán para que el indeciso Frasser saliera a cumplir sus instrucciones. Seguía sin poder elegir y demás estaba preocupado por el modo de sustraer a su esposa de la vigilancia de los hombres del profesor. Sabía que no sería fácil, pero si fuese necesario volvería a emplear la violencia.

De un departamento de su vehículo sacó un arma corta. Una descarga de células nocivas bastaba para eliminar a cualquier enemigo sin necesidad de fijar la puntería. La expansión de aquel tipo de células era suficiente para alcanzar cualquier parte del cuerpo contra el que fueran disparadas, pero estaba seguro de que los guardianes de su mujer también estaban armados.

Puso nuevamente el vehículo en funcionamiento y a todo gas se dirigió hacia su hogar.

Era un edificio alto de estructura translúcida. Estaba casi totalmente iluminado. Pensó que las familias que ocupaban los distintos apartamentos se hallaban reunidas, conversando o divirtiéndose con los distintos canales audiovisuales donde era posible ver interpretar toda clase de música, o visionar cualquier gesta histórica, o documentarse sobre cosas más o menos olvidadas o gratas de recordar.

Detuvo el vehículo frente al elevador exterior. Accionó desde el interior la palanca y sin moverse del bólido se metió en el elevador.

La plataforma ascendió vertiginosamente las veinte plantas que le separaban del suelo para dejarle en el garaje de entrada.

Seguramente se habían apercibido ya de su llegada, pero ninguna puerta se abrió ni nadie salió a darle la bienvenida.

Con su control remoto hizo deslizar el panel que servia de puerta y se encontró en el portal del amplio salón principal de la casa.

Vio a su mujer. Estaba de cara a la puerta, sentada. Los dos guardianes que estaban con ella le daban la espalda. No habían advertido su presencia. Tampoco ella hizo nada para saludar a su esposo.

Soen comprendió. Su mujer había sospechado algo y cortó el contacto exterior. Bastaba con mirar hacia el control para ver las luces apagadas. De otro modo todos se habrían dado cuenta de que alguien subía por el elevador.

Soen extrajo de uno de sus bolsillos la pequeña arma de células. Tenía que pasar a la acción rápidamente.

CAPITULO XVI

No eran momentos para andarse con pruebas ni sutilezas. Soen, con el arma firmemente sujeta en su diestra, avanzó advirtiendo a los dos guardianes:

—Vuélvanse despacio y no intenten nada.

Los dos guardianes se volvieron raudos. Ambos llevaban su armamento en las correspondientes fundas, sujetas a la cintura.

—¡Stenia! Coge sus armas. Y vosotros, quietos, si intentáis algo dispararé.

Soen hablaba con voz firme, tratando de disimular el miedo que sentía de que los hombres reaccionaran de forma violenta. Sabía que un intercambio de disparos en aquellas circunstancias equivaldría a la muerte colectiva.

Stenia obró de prisa. Era inteligente v estaba preparada para casos de agresión. Desarmo al primero, pero el segundo, se abalanzó hacia ella al tiempo que trataba de sacar su arma de la funda.

—¡Cuidado! —gritó Soen. No podía disparar porque las células habrían alcanzado igualmente a su mujer.

Stenia obró con rapidez al esquivar el golpe, pero su enemigo tenía ya el arma en la mano y la volvía contra Soen. Este, adivinando su intención, saltó con los pies por delante alcanzando de lleno al guardia que fue a parar contra la pared opuesta.

—¡Ocúpate de él! —exclamó su mujer viendo que el otro guarda intentaba incorporarse.

La mujer, buena luchadora, se deshizo del guardia con dos llaves mejor aprendidas que su rival, mientras Soen se lanzaba de nuevo contra el otro guarda al que arrebató el arma, golpeándole seguidamente para dejarle sin conocimiento.

Stenia también había concluido con el suyo.

—Buen trabajo —murmuró él yendo al encuentro de su esposa a la que abrazó exhalando un suspiro—. Me tenías realmente preocupado.

—Tú también a mí, Soen. Comprendí que la visita de éstos no era para protegerme, sino más bien un secuestro domiciliario. Intentaban

obligarme a algo, ¿verdad? Dime, explícame...

—Ahora no hay tiempo. Vamos. Tenemos que huir de aquí.

—¿Qué ocurre?

—¡Vamos, no hay tiempo!

—¿Dónde vamos?

—Al único lugar seguro para nosotros en estos momentos: Al Espacio.

Con lo más imprescindible para el vuelo en el que Soen pensaba llevarse a su mujer, emprendieron la marcha con el bólido que con ellos a bordo bajó rápidamente por la plataforma para ya en la calle emprender veloz carrera hacia la base.

Mientras Soen explica a grandes rasgos lo sucedido, se empezaba a buscar seriamente al profesor Kelber.

Frasser en el Centro Control del vuelo del bólido experimental intentaba ganar tiempo.

Kelber dijo que era necesario reducir el vuelo. Así que hay que acortar las marchas.

—¿Por qué no viene él personalmente?

—No lo sé. Dijo que estaba ocupado —mintió Frasser.

—Eso es irregular. Le están buscando por todas partes.

Las voces dadas llamando al profesor se habían extendido por toda la base y demás dependencias. Frasser sabía que de un momento a otro podría ser descubierto.

—Yo cumplo instrucciones. Reduzcan velocidad —insistió.

Como Jefe del Consejo debía ser escuchado, pero la desconfianza flotaba en el ambiente.

Y Frasser consultó el reloj. La aguja que medía el tiempo parecía moverse más rápidamente de lo normal. Si al menos Soen estuviera ya allí.

Frasser ya había hablado con Skipper y éste se hallaba equipando el bólido.

A través de las pantallas podía verse evolucionar la nave que

conducía al millón de seres. Frasser consiguió que se moviese en un círculo rotativo sin avanzar.

Skipper irrumpió en la sala de control e hizo una seña a Frasser indicando que todo estaba ya preparado.

Ya sólo faltaba que Soen estuviese allí.

Pero el joven tenía todavía que recorrer un largo trecho, y entretanto los altavoces de la base anunciaron.

—Ultimo aviso, profesor. Si no recibimos contestación daremos la señal de emergencia.

La señal de emergencia significaba la búsqueda masiva del desaparecido, y si lo encontraban antes de que Soen llegara a la base, todas las esperanzas de hacer algo positivo se habrían esfumado por completo.

CAPITULO XVII

Servax, Jefe Supremo de todos los Consejos había recibido la comunicación.

—Vamos a intensificar la búsqueda del profesor.

—Sí, háganlo —fue la respuesta del Jefe—. Y avisen a Frasser, necesito hablar con él.

Frasser procurando dominar sus nervios haría que se mantuviera el ritmo lento y rotativo de la nave.

—Esto no está de acuerdo con el plan. Al llegar a este punto el profesor Kelber dijo que deberíamos acelerar la marcha. No comprendo este cambio —murmuraba el encargado del control.

—Escuche, Gardyn. Ahora las instrucciones las doy yo. Y seguirán así. Cuando encuentren al profesor será él quien disponga lo que hay que hacer.

Sonaban ya unas sirenas. Frasser miraba a un lado y a otro fuera de la cristalera. Veía como se movilizaban patrullas y se preparaban los detectores. Verdaderamente no tardarían demasiado en encontrar al profesor.

Kelber, había despertado ya aunque estaba imposibilitado de moverse ni de gritar, pero cerca de él, a escasa distancia tenía su control. Una de sus células podía ser fácilmente captada por los detectores.

Frasser también sabía esto, por eso comprendía que si Soen no llegaba dentro de los próximos segundos todo estaría perdido.

Skipper que sabía por Frasser lo que estaba sucediendo mostraba también su impaciencia.

—¿Has cortado todos los contactos? —le preguntó Frasser al piloto en voz baja.

—Totalmente, no podremos ser controlados desde la base.

—Ahora sólo falta que llegue pronto —consultó de nuevo el reloj.

Gardyn, responsable del vuelo advirtió aquella impaciencia.

—¿Qué les pasa a ustedes?

—Siga controlando, Gardyn —dijo Frasser con actitud resuelta.

Por un altavoz alguien advirtió:

—Detectado contacto. Pero no contesta.

Skipper y Frasser cambiaron una mirada. ¡Habían detectado a Kelber!

—Todavía no saben dónde están —musitó Frasser—. Pero ya no tardarán en dar con él.

—¿Qué piensa hacer usted, Frasser?

—No se preocupen por mí. Si Soen llega a tiempo bastante trabajo tendrán allá arriba.

—Correrá demasiado peligro, Frasser.

—Y ustedes también. Además no cabemos en la nave y por otra parte alguien tiene que hablar con Servax.

En aquel momento llegó el aviso de que Servax deseaba hablar con Frasser.

Este dudó, pero al fin se puso al habla.

—Señor. En espera de que encuentren al profesor Kelber estoy ocupándome del vuelo.

—Hay un responsable —respondió Servax—. ¿Quién es?

—Gardyn, señor.

—El se ocupará de todo. Venga usted inmediatamente.

Frasser no confiaba demasiado en dejar a Gardyn a solas. Consultó de nuevo el reloj.

—No más de diez segundos —pensó para sí—. Es todo lo que tardarán en dar con Kelber.

—¿Me ha oído, Frasser? —insistió la voz del Jefe Supremo.

—Sí, señor. Voy ahora mismo —replicó.

Un altavoz daba una nueva noticia.

—Localizado el profesor en lugar cerrado. Nos estamos

aproximando.

Frasser volvió hacia las pantallas e indicó a Skipper.

—Ve al bólido. Quizá aún haya tiempo. Pero no sé... No sé...

CAPITULO XVIII

Soen era igualmente consciente de la importancia del factor tiempo, pero no era culpa suya si el vehículo no podía correr ya más.

—¿Piensas informar de lo ocurrido desde la nave? —le preguntó su esposa.

—Sí. Es el único modo. Tendré un canal libre para mí. Espero que Frasser haya explicado a Skipper exactamente lo que quiero.

En efecto. Skipper había regresado a la pequeña nave haciendo una nueva comprobación de todo lo que Soen le había pedido a través de Frasser.

Pero los detectores de quienes buscaban al profesor indicaban ya el camino a seguir.

—Es en el laboratorio. ¡Vamos allí! —dijo uno.

A la entrada del edificio los dos ayudantes que momentos después de que Kelber hubiera sido encerrado entraron en el despacho mostraron su extrañeza.

—Aquí no está, Frasser dijo que no.

Pero los detectores no mentían.

—Vamos dentro. La oscilación es cada vez más fuerte.

—Por ahí —indicó uno.

Soen se aproximaba ya a la base.

—No podrán interceptar mi mensaje. Y todo el planeta sabrá la verdad.

—Pero Kelber jamás querrá volver a esos seres a su estado habitual —murmuró su esposa aterrada.

—Kelber aprecia la vida. Si ve la suya peligrar accederá. —Y tras un silencio añadió—: En cualquier caso siempre será mejor mantenerles vivos tal como están. ¿No crees?—Por supuesto, Soen.

Ya estaban allí, pero Soen buscaba la puerta más próxima al hangar de los bólidos dispuestos para la partida.

Tenía la radio ante sí y escuchó a través de ella las últimas noticias directas del resultado de la búsqueda del profesor.

—Han localizado al profesor Kelber, todo parece indicar que está prisionero en su laboratorio.

—¡Le han descubierto! —exclamó el joven deteniendo el coche—. Tenemos que salir inmediatamente.

No era la puerta que deseaba, pero dadas las circunstancias, pensó que sería mejor seguir a pie por el interior de la base.

Entraron por la puerta del almacén.

—¡Ahí está! —exclamó triunfante uno de los que portaban los detectores.

Se hallaban en el despacho contiguo al laboratorio. El oscilador del aparato indicaba la posición del profesor si bien aún no habían podido verle.

—¡Detrás de aquella puerta! ¡Ábranla! —exclamó uno de los guardas.

La puerta había quedado cerrada y Soen tuvo buen cuidado de sacar la llave y llevársela consigo. Ya había intuido en que cada segundo iba a ser muy valioso.

Y ahora Soen corría con su esposa a lo largo de un almacén. Era una carrera contra reloj porque en aquellos instantes decían:

—¡Derriben la puerta! —exclamó el que comandaba a los buscadores.

—Hay que informar a Frasser —dijo otro.

—Mejor directamente a Servax —espetó otro.

Frasser no había llegado aún a la residencia oficial del Jefe Supremo, cuando sonaba ya el aviso en casa de éste. Le anunciaron que habían localizado a Kelber.

—Quiero hablar inmediatamente con él —ordenó.

—Sí, señor. En cuanto sea posible.

—¡Perforen la puerta con rayos! —dijo alguien.

—Demasiado peligroso, podríamos dañar al profesor.

En aquellos instantes no podían hacer otra cosa que cargar contra el panel metálico. Esto facilitaba un poco más de tiempo a Soen y a su esposa que habían llegado al final del almacén y podían optar por seguir por la superficie o meterse en el taller de revisión de bólidos.

—¡Por aquí! —Soen optó por el taller.

—Se extrañarán si nos ven correr —murmuró la mujer.

—Eso ya no importa. Lo que necesitamos es llegar.

La guardia había requerido ayuda. Alguien se trajo un soplete supletorio y la lámina cedió rápidamente.

Soen y su esposa seguían su carrera contra reloj. La meta era su última salvación.

La lámina de la puerta tras la cual se hallaba encerrado Kelber cedió, y el profesor apareció atado y amordazado a la vista de sus buscadores.

—Sáquenle inmediatamente.

Soen y su esposa estaban llegando al hangar. Desde el pequeño mirador Skipper les distinguió y se apresuró a poner en marcha todos los aparatos de la nave.

En el taller de los hangares que la pareja acababa de atravesar un guarda que los había visto llamaba.

—He visto a Soen correr. Va en compañía de una mujer.

El profesor, ya sin la mordaza que le impedía hablar, decía:

—Detengan a Soen. Esté donde esté.

La caza contra el matrimonio empezó rápidamente.

CAPITULO XIX

—Impídanles el paso —fue la orden general.

Soen ya en la entrada de los hangares se vio sorprendido por una pareja de guardianes.

Tenía su arma en la mano, pero ellos llevaban también las suyas.

Durante unos instantes ni perseguidores ni perseguidos tomaron iniciativa alguna.

—Quédese donde está, Soen —le ordenaron.

Soen iba a avanzar protegiendo con su cuerpo el de su mujer, pero el movimiento agresivo del guardián le hizo detenerse. Si disparaba moriría allí mismo, cuando apenas le faltaban cincuenta metros para alcanzar la plataforma de la nave.

La ayuda llegó del interior.

Skipper había visto lo que estaba sucediendo y disparó su arma. El guardián lanzó una exclamación y cayó. El otro se revolvió ante la inesperada agresión y Soen aprovechó la circunstancia para saltar contra él y derribarle.

Fue un breve forcejeo. Le quitó el arma y le dejó sin sentido.

—¡De prisa! —gritó Skipper desde la plataforma.

Las sirenas atronaban por todo el ámbito de la base. Un bólido patrulla se dirigía hacia el hangar.

—¡Vamos! —Soen tiró de su mujer y recorrieron la cincuentena de metros mientras el bólido ganaba terreno.

—¡No os volváis! Yo os cubro —gritó Skipper atento a la entrada del hangar.

Al bólido perseguidor se unieron otros en abanico cuyo vértice era el hangar.

El profesor informado ya de la presencia de Soen y su esposa en la base estaba dando instrucciones.

—Se proponen huir al Espacio. Es posible que Skipper les haya ayudado. ¡Un momento! Pero Skipper no estaba aquí... —Sonrió al descubrir la verdad—. ¡Frasser! Hay que encontrar a Frasser. Y por todos los medios impidan que Soen salga del planeta. He dicho, por todos los medios.

Uno de los bólidos asomó ya a las puertas del hangar mientras el joven matrimonio subía ya el último tramo de la plataforma que conducía a la nave espacial.

Salieron los hombres del interior del vehículo, pero Skipper utilizando un fumigador de fuego concentrado arremetió contra los perseguidores obligándoles a cubrirse.

—¡Rápido! —exclamó, cuando ya la pareja alcanzaba la plataforma—. Meteos dentro.

El piloto se retiró sin soltar el fumigador.

—¡Emergencia, emergencia! —gritaban los altavoces—. Impidan salida bólido Soen. Impidan salida. ¡Destrúyanlo si es necesario.

Skipper estaba ya en el interior. Las compuertas superiores del techo estaban abiertas, pero en aquellos instantes cañones antifuga estaban ya preparados para atacar y destruir el bólido fugitivo.

—Tenemos que intentarlo. Skipper —exclamó Soen mientras el piloto estaba ya a punto de pulsar el botón definitivo que los dispararía hacia el espacio.

—Estoy de acuerdo contigo —replicó—. No será agradable.

Soen cambió una mirada con su mujer, ésta apretó las manos del joven en señal de asentimiento.

La pleya de guardas entraban ya en el hangar dispuestos a destruir la nave allí mismo.

Pero esto era ya imposible porque Skipper pulsó el botón final.

El bólido salió verticalmente como una exhalación.

Y esto que podía parecer la liberación total, era sólo el principio de los peligros que iban a atravesar, porque en el mismo instante surgían de distintos cañones ráfagas de rayos seguidores. El fuego les perseguiría hasta alcanzarles.

—No podrán salvarles, los muy estúpidos —sonreía el profesor

convencido de que los tres fugados pronto quedarían convertidos en cadáveres.

Pero no contaban con la destreza de Skipper como piloto.

—Vamos a jugar con los rayos. Espero que nadie se maree —bromeó.

Y la pequeña nave empezó a evolucionar de forma constante, esquivando el fuego destructor.

—Sólo durará el tiempo en que pierdan su eficacia —dijo Soen.

Pero el peligro existía.

CAPITULO XX

Esquivar una ráfaga de rayos no era tarea fácil para ningún piloto y Skipper tuvo que concentrar toda su atención en aquella lucha desigual.

—¡Por la parte de atrás! —gritó una de las veces Soen.

Los reflejos del piloto funcionaban a la perfección, y a través de la bóveda transparente seguían pasando los rayos enviados para su destrucción.

A menudo esos rayos chocaban entre sí produciendo sordas explosiones hasta desaparecer en forma de bolas ígneas de regreso al planeta.

Durante un buen rato duró aquel trágico juego que concluyó cuando los últimos rayos perdieron su eficacia. Entonces Skipper exhaló un suspiro y murmuró:

—Somos libres.

Se abrazaron los tres mientras el bólido seguía a marchas forzadas y de forma automática hasta el rumbo que se había fijado.

—Frasser ha intentado retener la marcha de la nave experimental —dijo—. Pero supongo que a estas horas el profesor ya habrá dado órdenes para que aceleren la velocidad.

—Tenemos que llegar antes que ellos —dijo Soen.

—Esto es imposible. En el Espacio no hay atajos. Nos llevan demasiada ventaja.

—¿No podemos superarla?

—Me temo que no.

—Bien, no es un problema. Hablaré con ellos para impedirles que salgan de la nave una vez lleguen. Cuando lo hagamos nosotros limpiaremos el terreno de toda clase de alimañas y efectuaremos una exploración a fondo. —Y tras una pausa añadió—: Ahora ha llegado el momento en que me ponga en contacto con el planeta.

—Yo me ocuparé de la transmisión —dijo Stenia.

Y entretanto, Frasser que acababa de llegar a la Sede Central del Consejo era detenido por dos guardias de la Seguridad Personal.

—Servax quiere hablar conmigo —dijo sin oponer ninguna resistencia.

—Lo sabemos —y le condujeron a presencia del Jefe Superior.

Servax en aquellos instantes hablaba con el profesor Kelber a través del receptor.

—Soen nunca debió haber salido, pero puesto que ya no podemos detenerle, haga lo posible para evitar que se ponga en contacto con el planeta.

—Es lo que piensa hacer, Servax. Piensa difundir nuestros planes.

—¡Impídaselo! ¡Impídaselo! Usted puede interferir esta emisión.

—Lo intentaré, Servax, lo intentaré, pero la culpa de su huida no es sólo mía. Sus guardas no se han mostrado demasiado eficaces.

Servax se pasó las manos por el rostro.

—Es inútil buscar responsabilidades. En el fondo la culpa es de todos... Quizá no debí consentir jamás que... Bueno, creo que ya es tarde para hablar de esto.

Cortó en el momento en que aparecía Frasser. Con un movimiento de cabeza indicó a los guardas que se retiraran para quedarse a solas con él.

—Me ha traicionado, Frasser.

—Pensé que aún podían salvarse esas vidas.

—¿Por qué no se salió del plan a su tiempo?

—¿Y cuánto hubiera vivido, señor? Era algo supersecreto. Sólo muy pocos conocíamos los propósitos del profesor... No. No podía decir que no. Todos queremos demasiado la vida.

—¿Y cree que a partir de ahora la suya va a ser muy larga, Frasser?

—Supongo que no... Pero aunque me eliminen no servirá de mucho. El planeta sabrá la verdad. Soen hablará desde el Espacio.

—Su voz nunca llegará al planeta. Debió suponer que no nos cruzaríamos de brazos.

—Hablará. Yo sé que hablará. De un modo u otro todos sabrán quiénes son los que gobiernan: Unos malditos criminales…

—¡Le ordeno que se calle, Frasser! Ya ha cometido bastantes estupideces…

Servax buscó el receptor de nuevo y entabló contacto con Kelber.

—¿Ha hecho algo, profesor?

Kelber estaba manipulando en un pequeño control. Oprimió un botón y a través de una pantalla surgieron unos signos.

—Listo, Servax. Aunque Soen esté hablando hasta que se muera, su voz nunca llegará al planeta.

CAPITULO XXI

En la nave, Soen estaba lanzando al planeta su voz de alerta:

—No os incito a ningún levantamiento que atente contra la paz, únicamente deseo que conozcáis la verdad y sepáis a quien hemos confiado nuestro futuro. Espero que con ello sea suficiente para que todos los consejos retiren su confianza en quienes nos rigen, y ellos mismos sepan elegir el camino que por su indigna conducta deben tomar. Lo que sí es necesario que hagamos entre todos es obligar al profesor a devolver a la normalidad a ese millón de seres engañados. Si es necesario usaremos la violencia, porque el profesor…

Aquí fue interrumpido por Stenia que tras algunas comprobaciones murmuró:

—Esto no está correcto.

—Graba perfectamente —adujo el piloto.

—Pero no hay señales de que la voz se difunda —insistió la esposa de Soen.

Este accionó un botón y habló de nuevo.

—Os ruego disculpéis unos momentos si es que podéis oírme… Temo que hayamos sido víctimas de otro nefasto invento del profesor Kelber. Estamos haciendo unas comprobaciones.

—Inútil. La voz queda interceptada —dijo el piloto y Stenia corroboró afirmativamente.

—Todo habrá sido en vano —murmuró.

—Todo no. Debe haber algún medio para que el aviso llegue a todos los rincones del planeta. ¡Debe de haber algún medio y lo encontraré! —gritó el joven.

Y entretanto, el profesor Kelber seguía visionando los signos que aparecían en la pantalla.

—Tendrían que hacer una modificación en la onda para poder transmitir. Están perfectamente incomunicados, pero voy a hacer algo más, Servax. No me fío de Soen. Es muy listo. Demasiado. Tiene que desaparecer.

Y sin explicar cuál era su nuevo plan, cortó la conversación y se sentó frente a otro transmisor, aquel en que solía captar algunos mensajes.

Tecleó varias veces hasta formar los signos que quería transmitir.

El mensaje llegó hasta el extraño bólido que tripulaba Ruango.

En su pantalla surgieron los signos exactos que le llegaban desde Nutronia.

En su mente, Ruango leyó la traducción de aquel mensaje.

—Seguimos en buena convivencia. No debéis sentir temor de nosotros. Pero entre nuestra gente los hay con ideas extrañas. Una segunda nave llegará a vuestro planeta. Van sólo tres personas. Tres seres. Destruidlos, Nos haréis un favor que nosotros compensaremos cuando haga falta. Ha hablado el JEFE de Nutronia, para el Jefe del Planeta Zaro.

Ruango, tras unos momentos, pulsó una palanca para informar lacónicamente:

—Mensaje captado —luego sonrió de forma extraña.

Aquella parte del suelo superpoblada de vegetación era como un remanso de paz. Las hormigas, que abundaban ciertamente discurrían en hileras portando a su nido diferentes alimentos.

Ruango bajó de la nave y observó el reluciente firmamento. A lo lejos un punto se movía. Lo miró atentamente y supo que no se trataba de ningún planeta en traslado. Era una nave. La nave en que viajaban un millón de seres. Ya no tardarían mucho en llegar.

Entretanto Frasser seguía en presencia de Servax y había escuchado el último comunicado del profesor.

—Todavía estamos a tiempo de hacer algo por esa gente, señor. No nos comportemos como unos malvados.

—Ya no tenemos nada más de que hablar, Frasser —repuso el Jefe poniéndose en pie.

Tenía ante el pupitre un considerable número de botones. Iba a pulsar uno. Ordenaría a los guardianes que se llevaran a Frasser. Quizá le esperaba la muerte inmediata. O quizá querría matarle él mismo para no verse comprometido. Pensó que aquella podría ser su última oportunidad.

Había oído las palabras de Kelber «Para que la voz de Soen pudiera ser oída tenían que hacer un cambio en la onda» Quizá si pudiera advertirles…

No lo pensó más. Ya era tarde para hacer razonar a Servax, por eso se abalanzó sobre él, saltando por encima de la mesa. Soltó una patada al Jefe al que derribó al otro extremo de la mesa.

Dominaba el pupitre. Había un botón por el que tenía una posibilidad de salir de allí. Lo pulsó. Era la luz de emergencia. Todas las puertas del edificio quedarían abiertas. ¡Tenía una posibilidad de huir y tratar de informar a Soen.

No la desaprovechó.

CAPITULO XXII

—Llevamos sólo una jornada y media de retraso. Quizá consigamos adelantar algo más. Estoy haciendo lo que puedo —dijo el piloto Skipper.

Entretanto Soen manipulaba en el transmisor.

—Si consiguiera dar con la clave de la interferencia.

Stenia había sido una gran adelantada en transmisiones, por ello había obtenido un puesto en el Consejo de defensa. Se le ocurrió pensar en el medio y lo expuso.

—La onda, Soen. Habría que cambiarla. Pero necesitamos saber cuál podemos utilizar. Esto nos llevará algún tiempo haciendo pruebas.

—No importa. Lo intentaremos todo —repuso Soen.

—De todos modos el mensaje está grabado —adujo Skipper—, Si lográis dar con la clave se puede soltar sin necesidad de repetirlo. Esto puede ser importante.

—No me importaría repetirlo.

Stenia comprendió lo que el piloto había querido decir.

—Muchos antes de que recibamos la señal —explicó la mujer— tu mensaje habrá llegado, Soen. Está interferido por algo, pero en cuanto consigamos liberar la interferencia, tu voz saltará a las ondas, incluso antes, mucho antes de que tengamos la certeza de haber corregido la anomalía. El tiempo puede ser muy importante.

—Sí. Muy importante, porque si el profesor se ve en evidencia es capaz de destruir la nave experimental.

Entretanto, en el planeta, Frasser había emprendido veloz huida por los conductos secretos del edificio. Necesitaba darse prisa en llegar al exterior antes de que Servax recobrara el sentido y pudiera gritar en demanda de auxilio.

—¡Al despacho del profesor Kelber! —se repetía en voz alta mientras ganaba terreno.

Servax comenzaba a reponerse.

Frasser ya no poseía la agilidad de un joven y aquella carrera le fatigaba, pero aun así procuraba no perder el ritmo en su marcha hacia el exterior.

Los conductos secretos estaban perfectamente señalizados, indicando a cada bifurcación el camino a seguir para encontrar la salida más próxima.

«Plataforma X» —leyó Frasser. Se montó en ella y pulsó el botón que le llevó rápidamente al subsuelo. Le quedaba un corto trecho por recorrer.

Servax se incorporó. Sacudió su cabeza un par de veces y fijó su atención en el pupitre. Advirtió la luz de emergencia. Nadie podía haberse dado cuenta toda vez que se trataba de un botón interior para facilitar una posible huida masiva del consejo.

Iba a dar la voz de alarma pero se abstuvo. Pensó que Frasser antes de caer atrapado podría decir cuanto sabía. Lo importante en esos momentos era impedirle la huida. Pulsó el botón para retenerle. Las puertas deslizantes comenzaron a moverse. A Frasser le faltaban todavía un par de metros para lograr la salida.

Servax estableció contacto con el profesor Kelber.

—Frasser está desesperado. Intenta huir.

—Frasser no me preocupa —fue la respuesta.

—Espero que no consiga huir. Temo que pueda entablar contactos.

—Servax, ocurra lo que ocurra yo domino plenamente la solución. Sabe que si quiero puedo hacer que la Nave experimental estalle.

—Eso sería ponernos en evidencia, Kelber —exclamó el Jefe Supremo.

—¡Y qué! Llegado el momento demostraré cual es mi fuerza y ante ella nadie osará rebelarse contra nosotros.

—No. Kelber, no…

Las puertas se iban cerrando a mayor velocidad de la que Frasser pensaba. Le faltaba muy poco, pero ya quedaban escasos centímetros de abertura. La puerta descendía, descendía.

Frasser se lanzó al suelo y se deslizó cuando sus piernas quedaron momentáneamente atrapadas. De un tirón pudo sacarlas.

Momentáneamente era libre…

—Las cosas no debieron de haber sucedido de este modo, Kelber —se lamentaba Servax.

—Ya es tarde para volverse atrás. La iniciativa siempre ha estado de mi parte, Servax —y cortó.

Frasser había ido directamente al depósito de vehículos planetarios. No le fue difícil hacerse con uno y con él emprendió veloz carrera hacia el despacho de Kelber. Desde allí era el único lugar donde podía comunicar con la nave de Soen.

CAPITULO XXIII

—Esta onda no sirve. Está interferida —dijo Stenia.

—Sigue probando —le pidió su marido mientras observaba por la pantalla de coordenadas la situación.

—Mira el detector —pidió el piloto—. Está emitiendo una señal.

Tras una leve observación Soen exclamó:

—¡Es la Nave experimental!

—Sí, Soen. Hemos conseguido la aproximación de una jornada.

—¿No puede ir más de prisa ese viejo cacharro?

—No es viejo, Soen. Y se está portando muy bien. Buscaré la línea de aproximación.

—Inténtalo, Skipper. Necesito comunicar con esa gente. No será fácil decirles la verdad. Tendré que ocultarles el verdadero alcance del peligro para que no cunda el pánico entre ellos.

Skipper rectificó el rumbo para ponerse en la línea de ondas especiales más idóneas para intentar el contacto por medio de los transmisores. —Inténtalo ahora —dijo. —Utilizaré el transmisor II — anunció. Y mientras Stenia seguía buscando la onda idónea para que la voz de su marido llegara al planeta, Soen hacía su primer intento.

—Habla Soen en la Nave Especial de Socorros. Habla Soen. Sé que es difícil lo que voy a pedirles. Si pueden oírme presten atención... Presten atención. Bloqueen los mandos. No es fácil pero deben intentarlo. Tiren de la palanca para retener la nave. Es peligroso que lleguen al planeta, no obstante si no pueden conseguir el bloqueo, no desciendan de la nave. Traten de hacer señales para que sepa que han captado el mensaje.

—Les pides demasiado —murmuró Skipper—. Con su tamaño no podrán ni siquiera contestarte. La nave partió con la palanca de transmisión directa. Tendrían que moverla. ¿Cómo crees que pueden conseguirlo?

—Hay un millón de seres en esa nave, Skipper. Son más pequeños que hormigas y ni uno, ni diez, ni cien pueden mover una palanca... Pero ¡son un millón!

Stenia cambió una mirada con el piloto. No estaban demasiado convencidos.

—Lo intentarán. Por lo menos sé que lo intentarán. —Soen quería ser optimista, pero no estaba demasiado seguro—. De cualquier modo si pueden oírme no saldrán de la nave. Voy a repetir el mensaje.

—¡Atención Nave experimental! Habla Soen en Nave Especial de Socorro. Repito mensaje…

Mientras Soen seguía hablando Frasser estaba ya en los aledaños del laboratorio de Kelber.

Se deslizó aprovechando la oscuridad a fin de que su presencia no fuera advertida por el par de guardas que estaban cerca de la puerta. Buscó una entrada lateral. Consiguió abrir gracias a un control que como Jefe del Consejo seguía llevando consigo.

Poco después ascendía por la rampa hasta llegar a una parte del corredor.

Caminó por él hasta situarse al lado de la puerta del despacho de Kelber.

—¡Quieto! —exclamó entrando como una exhalación.

El profesor buscó un arma, pero Frasser, dispuesto a todo, se lanzó contra él.

—Ya ha cometido bastantes atrocidades, Kelber. Ahora no se saldrá con la suya.

—Se ha vuelto loco —espetó el profesor forcejeando para verse libre de su agresor.

—Soen sabrá que ha interferido usted la onda, profesor. Yo conseguiré que él hable desde el Espacio y yo mismo hablare desde aquí.

—¡Estúpido! Si hace esto volaré la nave…

—¡No le daré opción! —bramó el otro y empujó a Kelber con fuerza.

El profesor cayó desarmado y Frasser se apresuró a tomarle el arma con la que le encañonó.

—¡Póngase delante mío y estése quieto, Kelber o si no le mataré!

Ante la decisión de Frasser, el profesor no tuvo más opción que obedecer.

Seguidamente el Jefe del Consejo empezó a buscar en el pupitre que tenía ante sí, sin dejar de vigilar a Kelber.

Simultáneamente Soen repetía una vez más el mensaje dirigido a la Nave espacial.

Su voz llegaba ya a su destino, pero aquel mensaje también era captado en la base.

Gardyn dejó grabado el mensaje no sin evidente sorpresa.

—Soen ha conseguido comunicar. El profesor Kelber debe saber esto. —Y se puso en contacto con el despacho de Kelber.

CAPITULO XXIV

El zumbido llegó al despacho de Kelber que continuó inmóvil bajo la amenaza de Frasser.

—Conteste, profesor, pero cuidado con lo que dice. No olvide que puedo matarle. Y lo haré.

Kelber dispuso el contacto, a través del cual le llegó la voz de Gardyn:

—Soen está dando instrucciones a la Nave Experimental, profesor.

—Transcríbamelas.

Gardyn repitió el texto del mensaje. Frasser permanecía atento.

—¿Tiene alguna instrucción para darme, profesor? —inquirió el comunicante.

—Siga a la escucha. Me pondré en contacto con usted —replicó el profesor.

Frasser cortó la comunicación y con un movimiento indicó:

—Vuelva a su sitio, Kelber.

El profesor, aunque temía evidentemente por su vida, no parecía mostrarse demasiado asustado.

Frasser continuó en sus manipulaciones. Una pantalla le dio la clave y sonrió. Acababa de descubrir la interferencia.

Kelber dio un paso adelante aprovechando el momento de euforia de su enemigo.

Frasser se revolvió para advertir amenazante:

—¡Cuidado!

A continuación deshizo la interferencia y gritó:

—¡Soen! Soy Frasser. Ya puede usted hablar.

La voz de Frasser fue escuchada por dos guarda-ayudantes de Kelber que se aproximaban.

El profesor en aquellos instantes espetó:

—Esto no servirá de nada. Se lo aseguro.

Los dos guardas cambiaron una mirada entre sí. Comprendieron que algo estaba ocurriendo y sacaron sus respectivas armas.

Frasser seguía hablando.

—Canal cuatro. Utilicen la onda superior de las coordenadas. Canal cuatro. Esta es la clav...

No pudo concluir la palabra porque los guardas habían aparecido disparando contra Frasser.

La terrible angustia de la muerte quedó reflejada en el rostro de Frasser que comenzó a desplomarse.

Kelber se volvió hacia los que acababan de eliminar a su enemigo y murmuró sin demasiado entusiasmo.

—Retiren esa basura... Bueno. De momento eso no debe saberse —e indicó la puerta de la estancia donde él había sido encerrado para que ocultaran allí el cuerpo de Frasser.

Entretanto, en la nave que pilotaba Skipper la voz de Frasser había llegado hasta ellos perfectamente.

—Le han matado —murmuró Soen comprendiendo.

Su esposa se afanaba ya en dejar expedita la emisora para que la voz de su marido pudiera llegar a todo el planeta.

Entretanto repitió el mensaje dirigido a la nave experimental.

El espectáculo de la nave de los disminuidos era sobrecogedor. El millón de seres había escuchado el mensaje, y las palabras de Soen seguían llegando hasta ellos.

—Bloqueen la nave. Corten el contacto con el planeta. Es importante.

Cada uno de aquellos seres en sí, veía al otro como a un igual. Corporalmente eran iguales, poseían las mismas características. La grandiosidad de la nave desde su prisma meramente celular no podía impresionarles porque dado su tamaño lo equiparaban como a un satélite por el que podían moverse libremente, pero dada la inminencia del peligro que exponía la voz de Soen tomaron conciencia de su propia insignificancia.

Por ejemplo:

Una palanca de veinte centímetros de largo era un artefacto monstruoso imposible de mover, o de escalar. Un simple botón era una superficie circular en la que cabían media docena de seres que con su peso no podían mover. La pantalla de recepción era una ventana gigantesca y cualquier signo aparecido en ella tomaba proporciones monstruosas. Sin embargo tenían que actuar. Tenían que mover aquéllas palancas rápidamente porque la nave se estaba aproximando al nuevo planeta.

La voz de uno de aquellos seres no podía ser oída por una persona normal, por eso era necesario que todos a coro —un millón de voces— respondieran a la llamada.

Y aquel millón de voces produjo un zumbido que llegó hasta el receptor de Soen.

—¡Me han oído! —exclamó el joven.

Pero venía la parte más difícil y esa parte consistía en que aquel millón de corpúsculos consiguiera aislarse del planeta moviendo la palanca.

Fue Reiber, uno de los jefes de grupo que desde su insignificancia corpórea —pero igual ante los demás— habló a todos.

—Es necesario mover esta palanca. ¡Entre todos tenemos que conseguirlo!

Lo difícil en principio era trepar por los sillones y alcanzar el pupitre. Una verdadera epopeya.

Unos encima de otros, formando columnas trataron de ascender.

Si el espectáculo no hubiera encerrado un dramatismo en sí, habría resultado francamente cómico ver a unos seres microscópicos subiéndose unos a la espalda de los otros para caer gimoteando por los golpes recibidos.

No obstante, la férrea voluntad de unos seres que cerebralmente seguían siendo inteligentes venció este primer obstáculo.

CAPITULO XXV

—¡Mire esto, profesor! —hizo observar Gardyn.

El profesor Kelber estaba atento a la pantalla en el Control de mandos que dirigía la nave.

—¡Son como hormigas! —siguió Gardyn como fascinado y divertido a la vez por el espectáculo que ofrecían los micro-hombres intentando mover la palanca.

—¿Cree que conseguirán mover la palanca? —preguntó Gardyn.

—Es posible. Pero no les servirá de nada.

—¿Cómo dice, profesor? —Evidentemente Gardyn no sabía la verdad. El igual que la mayoría, obedecía ciegamente al profesor ignorando las causas de aquella evidente rebelión. Quizá por eso preguntó—: ¿Por qué Soen está abiertamente en oposición con usted?

—Demasiadas preguntas, Gardyn. Te ha de bastar con cumplir tu misión. Soen pretende desconectar la nave de nuestro control. ¿Te parece bien?

—No, profesor. Sería tanto como desautorizarle a usted. Pero Soen habla de peligros. ¿A qué se refiere?

Antes de que Kelber pudiera contestar surgió por el receptor de emergencia la voz de Soen.

—¡Habitantes de Nutronia! Es Soen quien os habla. Quienes no me conocen personalmente han visto mi rostro a través de las pantallas o han oído hablar de mí como miembro del Consejo de seguridad cuyo jefe es Frasser... Os ruego que me escuchéis desde el Espacio donde os hablo para poneros en antecedentes de un hecho de suma importancia y mayor gravedad que nos afecta a todos.

El profesor lanzó una maldición. Gardyn estaba estupefacto.—¡Corten esto! —gritó Kelber.

—No es posible, profesor —le indicó alguien.

El silencio más absoluto se había producido en aquel sector de la base, y en todos los demás departamentos.

La voz de Soen seguía llegando con perfecta nitidez y desgranaba el misterio de su huida y explicaba claramente la situación:

—...No os incito a un levantamiento.

Gardyn cambió una mirada con el profesor, pero Kelber por toda respuesta desapareció de la estancia para volver a su laboratorio. A su despacho concretamente.

Entretanto Soen seguía su discurso de advertencia:

—...Y pretenden destruir un millón de seres y luego inventarán otra excusa para librarse de otro millón. Es este el medio que utilizan para eliminar gente de nuestro planeta...

Gardyn buscó a uno de sus compañeros con la mirada.

Nadie sabía nada. Aquellas palabras cogían a todos por sorpresa.

El profesor seguía su camino hacia su despacho con una idea fija.

Servax desde su despacho escuchaba igualmente la alocución de Soen que proseguía.

—...Han intentado bloquear esta transmisión. Kelber es el principal responsable...

—¿Dónde está Kelber? —preguntó alguien que seguía en la estancia del control.

Gardyn no respondió. Estaba atento a aquellas palabras.

—Algunos miembros del Consejo Supremo sabían esto también y sin embargo lo han autorizado. Debéis uniros todos y elegir una nueva asamblea de acuerdo con nuestras normas universalmente aprobadas y vigentes.

Y la voz de Soen insistió:

—...No os incito a un levantamiento que atente contra la paz, únicamente deseo que conozcáis la verdad y sepáis a quiénes hemos confiado nuestro futuro...

El profesor Kelber había llegado ya a su despacho. Le esperaba una conexión directa con Servax.

—Ha sucedido, profesor. Usted dijo que lo impediría. Ahora ya es demasiado tarde.

—Eso me tiene sin cuidado, Servax. La nave será destruida. El planeta conocerá mi poder.

—Eso no resolvería nada, Kelber. Escúcheme… Aún estamos a tiempo. Deje que la nave llegue a su destino. Salve a esa gente.

—¡No! —fue la réplica tajante de Kelber que había perdido por entero su flema.

—¡Escúcheme, Kelber! Es una orden…

—Usted no puede darme órdenes.

—¡Sí puedo, Kelber! Atiéndame… Podemos demostrar que Soen está loco. Si la gente de la Experimental no sufre el menor daño todo el mundo creerá que Soen ha actuado poseído por la locura. ¿No se da cuenta?

—Seguiré mi plan. Y en adelante la eliminación del cupo de seres sobrante se hará de forma menos sutil. ¡Más directa! Nos jugamos la supervivencia, Servax. Debemos aligerar el planeta.

—Ya pensaremos otro modo. ¡Hágame caso, Kelber! Si destruye la nave dará la razón a Soen. ¡No podremos enfrentarnos contra todos!

—Yo sí puedo, Servax. Yo sí puedo —repuso el profesor y a continuación cortó el contacto.

A través de una de sus pantallas buscó la nave experimental y graduó la imagen hasta ver su interior.

El espectáculo seguía siendo deprimente con una nube de seres minúsculos tratando de mover la palanca.

Alguien infundía ánimos a los demás:

—Un esfuerzo más. Un esfuerzo más y lo habremos conseguido.

Lentamente el eje de la palanca iba moviéndose. Kelber con un rictus cruel en su faz murmuró:

—Pobres imbéciles, sólo tengo que mover un simple botón para que la nave quede descontrolada. Puedo soltar toda la reserva de gases hasta que estalle. Sólo eso…

Y los dedos del profesor se aproximaron a un botón de su pupitre.

CAPITULO XXVI

El índice de Kelber se posó sobre el pulsador. Imprimió vigor a su acción e inmediatamente la nave recibió una fuerte sacudida tras la cual los corpúsculos que trataban de mover la palanca saltaron disparados en distintas direcciones. Algunos consiguieron sujetarse, otros maltrechos y sangrantes quedaron sobre la mesa- pupitre de la nave.

El profesor se sentía plenamente satisfecho de su poder.

—¡Imbéciles! No os dais cuenta de vuestra propia impotencia.

En la nave de Soen, el piloto había observado los efectos de la descompresión de la nave.

—¡Observar esto! Algo ha sucedido.

Stenia consiguió fijar en su pantalla la trayectoria de la nave experimental.

—No es posible ver la imagen —dijo.

—No lo será mientras dependa del control del planeta —repuso Soen—. Pero Skipper tiene razón. Es evidente que algo ha sucedido y trató de ponerse en contacto con la gente de la nave.

Estos —los seres microscópicos— repuestos de la sacudida volvían a la tarea de desconectar el único vínculo que les mantenía a merced de las directrices de la base.

Kelber tornó a pulsar el botón para presenciar la misma catastrófica escena.

Al mismo tiempo se puso en contacto con la base para ordenar a Gardyn:

—Dé la presión al máximo.

Pero Gardyn no respondió.

—¡Habla Kelber! Ordeno que dé la presión al máximo, Gardyn. ¿Me ha oído?

Quien replicó fue la voz de Servax que acababa de entrar en el despacho de Kelber.

—No le harán ningún caso, profesor. Ahora todos conocen la verdad. Se sienten identificados con el millón de seres del planeta.

—Usted no puede impedirlo, Servax —espetó Kelber desde su asiento.

Servax sacó un arma.

—Basta, profesor. Hemos llegado demasiado lejos.

—¡A buena hora se arrepiente, jefe Supremo! ¿Espera conseguir el perdón de sus coplanetarios?

—Ya no espero nada. Pero la operación ha terminado.

—Máteme entonces. Eso no impedirá que esos microbios sigan su suerte.

—No morirán.

—¿No? ¿Y las hormigas? Soen descubrió que las hormigas podrían ser sus mortales enemigos.

—No quiero que usted los mate. ¿Me ha entendido? Luego..., luego tendrán sus posibilidades. Volverán a ser como antes.

—Las hormigas les devorarán... u otra clase de alimañas —sonrió el profesor extrañamente flemático.

En la pantalla, los esfuerzos de aquellos seres por desconectar la palanca eran titánicos, pero seguían avanzando.

Kelber tenía una de sus manos cerca del botón.

—Puede que en la base no escuchen mi voz, pero dispongo de esto. Una sacudida fuerte bastará para que ninguno de ellos pueda resistir... La nave evolucionará sin control, aunque no estalle acabará flotando en el espacio con un millón de insignificantes cadáveres dentro.

—¡No toque ese botón!

—Entonces deje usted de amenazarme... ¿No lo comprende? Es absurdo... Soy invulnerable a esa clase de armas.

Servax dudó. El profesor trató de pulsar el botón con un gesto rápido. Su antagonista apretó el disparador.

El profesor lanzó un grito prolongado.

—¡Era falso! ¡Usted es vulnerable como todos! —exclamó Servax.

En su último estertor, Kelber apretó el botón.

—¡Morirán! —exclamó.

Aquella vez la nave no recibió la menor conmoción porque aquel apretado puñado de almas vivientes había conseguido en el último instante quitar la conexión.

Servax miró hacia la pantalla y observó que el vuelo proseguía con evidente normalidad.

En el suelo Kelber se estremeció antes de que su cuerpo quedara totalmente rígido.

Tras unos segundos de duda Servax ocupó el asiento del profesor. En aquel instante aparecieron dos guardianes y observaron la escena.

—¡Déjenme solo! ¡Es una orden! —les conminó.

Los dos guardas se miraron uno a otro.

—Les he dado una orden. Kelber era un criminal…

—Y usted también, Servax. Hemos oído a Soen —dijo uno de los hombres.

—¡Déjenme ahora! Voy a dar instrucciones para que la nave regrese…

—¡La célula, señor! —dijo uno de los guardas. Pero el profesor, sin hacer caso, estableció contacto con Gardyn.

—Soy Servax. Asumo toda la responsabilidad. Kelber ha muerto. Haga regresar a la nave.

—Imposible —repuso la voz de Gardyn—. La han descontrolado. No es posible localizarla.

—¡Tiene que hacerlo! —gritó Servax.

Gardyn no respondió.

—La célula —repitieron los guardianes. Servax les miró como a dos extraños. No acertaba a comprender lo que aquellos hombres trataban de insinuar.

CAPITULO XXVII

¡La célula!

—El profesor Kelber llevaba una célula especial. Los latidos de su corazón estaban conectados con esta célula.

—No entiendo —murmuró Servax.

En algún lugar se produjo un chispazo. Uno de los guardianes dijo:

—El otro extremo de la conexión de la célula del profesor conecta con el sistema electrónico... Si él ha muerto...

Ya no pudo continuar la frase. Servax comprendió demasiado tarde que para él también había llegado su hora, porque el despacho y laboratorio contiguo se convirtió en una pira en escasos momentos. Saltaron todas las conexiones. Los electrodos produjeron continuas descargas. El sistema electrónico estalló por todas partes. El resplandor de aquel fuego pudo ser observado desde toda la periferia de la ciudad.

En algún cerebro privado, la voz de Kelber sonó por última vez:

—Conmigo termina mi obra.

CONMIGO TERMINA MI OBRA.

Nadie sabía los secretos que Kelber se había llevado consigo en su muerte.

Los tres principales responsables del genocidio habían muerto, pero una nave seguía su rumbo incierto, y un millón de seres microscópicos corrían hacia su triste suerte.

—No sé lo que está sucediendo en el planeta —dijo Skipper— pero debe tratarse de algo grave.

—Ya nos ocuparemos de ello a su tiempo, Skipper. Ahora tenemos que alcanzar la nave...

—Está incontrolada, Soen —repuso Skipper indicándole la situación a través de las pantallas.

—¡Lo han conseguido! ¡Están desconectados del planeta! —exclamó Soen—. Voy a hablarles. ¡Escúchenme todos! —advirtió—.

Trataré de advertirles lo que tienen que hacer... Déjense llevar por la inercia, pero estén atentos al control cuando entren en contacto con la atmósfera del planeta. Tendrán que dominar la nave para evitar su precipitación violenta. De momento hemos dado un gran paso. Animo y adelante. Y recuerden que una vez hayan tomado contacto con el planeta no deben salir del interior. ¿Me oyen? Den una señal.

Le habían oído. Y un sonido producido al unísono indicó la recepción del mensaje.

—Hemos avanzado bastante, ¿verdad, Skipper? —preguntó Soen.

—Algo hemos avanzado, pero todavía nos siguen llevando demasiada ventaja. Y ellos están ya entrando en la órbita del planeta.

—Pobre gente —murmuró Stenia pensando en los titánicos esfuerzos que debían estar realizando.

Y no se equivocaba porque aquel montón de corpúsculos se preparaba ya para tratar de dominar la nave.

Alguien ordenaba:

—Tenemos que controlar la palanca.

—Será muy difícil.

—Si hemos conseguido desconectarnos de la base también lograremos esto. Preparados. Nada de lamentaciones. Nuestras vidas están en juego. ¡Una sección que vaya al puesto número dos!

Un despliegue de fuerzas se produjo en el interior del vehículo. Todo el mundo estaba ocupado. Algunas mujeres cuidaban de los heridos por las anteriores sacudidas. Los que podían valerse se agrupaban con el resto para ayudar a mover la palanca.

Tras tremendos esfuerzos consiguieron enderezar el eje.

—Cuando os dé la señal, tirad todos con fuerza. Lo he calculado. Tenemos que conseguirlo en tres intentos. De lo contrario nos estrellaremos.

Todos eran conscientes de la responsabilidad que tenían ante sí, y del peligro que corrían.

Soen seguía las evoluciones a través de las coordenadas. La nave experimental estaba ya muy próxima al punto clave.

—¡Preparados! —les indicó.

—Faltan tres puntos —objetó el piloto Skipper.

—Ya lo sé, pero ellos necesitan tiempo para moverse.

La aguja indicadora señalaba la divisoria del espacio abierto con la zona de influencia de órbita del planeta.

Abajo, en la superficie, Ruango observaba el movimiento de aproximación de la nave.

Mekok, su segundo, le advirtió:

—Están llegando.

—Ya lo veo. ¿No piensas venir?

—Si crees de veras que va a ser divertido.

—Lo que no comprendo es por qué nuestro comunicante Kelber me ha pedido que mate a tres de ellos.

—¿Piensas complacerle?

—Eso no tiene importancia —sonrió Ruango.

La nave experimental entraba ya en órbita.

CAPITULO XXVIII

—¡Es el momento! —indicó Soen desde su nave.

A su vez, el que daba las órdenes en la experimental gritó a los suyos:

—¡Ya!

Un número incalculable de entes microscópicos tiró con todas sus fuerzas en una primera embestida. La palanca se movió ligeramente.

—¡Rápido, rápido! ¡Otra vez!

La segunda acometida movió ligeramente la palanca inclinándola, aunque no lo suficiente.

Los que cuidaban de mover la manivela de la estabilidad empujaron a su vez y lograron su objetivo.

La nave descendía a la perfección, pero faltaba únicamente controlar la velocidad y para ello era necesario que los encargados de accionar la palanca consiguieran sus propósitos.

—¡Vamos, amigos! ¡Ahora!

La tercera acometida falló.

La nave aumentaba de velocidad a medida que se acercaba a la superficie del planeta.

Soen, su mujer y el piloto eran testigos de excepción de la catástrofe que se avecinaba.

—¡Van a destrozarse! —exclamó Stenia.

—¡Animo, muchachos, inténtenlo otra vez! —trató de animarles Soen.

Agotados por el esfuerzo, aquellos seres hicieron un nuevo esfuerzo consiguiendo mover el eje, sin embargo no lograron aminorar la velocidad.

—¡La manivela! ¡Utilicen la manivela de seguridad! —exclamó Soen—. Les será más fácil usarla.

Y los hombres empujaban tenazmente la segunda manivela con mayor fortuna.

—¡Ha aminorado la velocidad de la caída! —hizo notar Skipper.

—Aún no es suficiente. Y se acercan demasiado —espetó Soen y volvió a infundirles ánimos.

—¡Descompresionen, descompresionen! Eso también pueden lograrlo.

Un hormiguero humano a escala milesimal accionó el reostato logrando una aminoración de la caída, pero lo principal seguía consistiendo en el total dominio de la palanca, y a ello volvieron a entregarse.

—¡Sé que lo conseguirán! ¡Sé que lo conseguirán!

Faltaba ya muy poco para que la nave alcanzara el suelo.

—¡Todos a una! —gritó un orfeón de voces en el experimental.

—Diez puntos —advirtió Skipper.

Y Stenia mentalmente fue contando los que faltaban para que la nave llegara al suelo.

—Nueve, ocho, siete, seis.

En la nave experimental se redoblaban los esfuerzos. La palanca iba cediendo lentamente.

—Seis, cinco, cuatro…

—Un esfuerzo más.

—Tres, dos…

—¡Demasiado tarde!

—¡Uno!

—¡Ya está!

—¡Cero!

La nave había frenado un poco tarde, pero ello evitó la sacudida fatal. No obstante al tocar la superficie todo se tambaleó. Se resquebrajó la bóveda y un falso contacto debido al golpe abrió la puerta lateral.

Ante los ojos aturdidos de quienes seguían ilesos, se ofreció el esplendoroso panorama del planeta exuberante, lleno de vida, de oxígeno puro.

Alguien recordó que Soen les había dicho que no se movieran.

—¡Se ha descompuesto! —exclamó Soen viendo la nave desde la pantalla. Y volviéndose hacia el transmisor recomendó:

—Intenten cerrar la puerta. Eviten que entren las hormigas. Este es su peligro… Lo siento.

Todos pensaban acaso en que el profesor Kelber podía ayudarles volviéndoles a su estado normal y se preguntaban entre sí por qué Kelber no actuaba rápidamente, pero no obtuvieron ninguna respuesta. Soen había preferido ocultarles la verdad para que no cundiera el pánico.

Y entretanto las hormigas habían comenzado a trepar por la nave.

Ruango, desde un lugar próximo, contemplaba la escena lleno de curiosidad.

CAPITULO XXIX

Jamás ser alguno, de estatura media de dos metros puede pensar seriamente en el peligro ridículo que en él pueda ejercer una hormiga, pero cuando ese ente es disminuido a un tamaño equivalente a la mitad de esta clase de insectos, la hormiga se ofrece ante sus ojos con caracteres monstruosos.

Aquellos seres no tardaron en advertir su propia insignificancia ante los himenópteros que habían conseguido alcanzar ya la nave.

Eran doscientas y aumentaban su número.

Sus largas patas, sus antenas, su abultada cabeza, su misma negrura... Todo consistía una terrorífica amenaza.

—¡Las hormigas! —exclamó Stenia—. Es lo que tú pensabas, Soen. Están en la nave.

Soen apretó los puños y sólo sabía pedir:

—Más aprisa, Skipper. Más aprisa.

Pero sabía que Skipper estaba haciendo todo lo posible para llegar cuanto antes en defensa de aquel ejército disminuido que ahora tenía que enfrentarse con unos impensados enemigos.

Los himenópteros se inclinaban buscando su alimento. Los humanos reducidos eran un buen festín para llevar a sus alacenas.

—Una astilla —gritó alguien—. Esa, esa...

La descomposición de la nave había dejado caer algunas astillas metálicas. Unas del tamaño de un alfiler fueron empuñadas por dos humanos que la utilizaron a modo de lanza, aunque pesaba demasiado para ellos y requirieron ayuda. Otros dos vinieron a prestársela y entre los cuatro atacaron a una de las hormigas que cayó atravesada por la improvisada arma.

—Hay que atacarlas por las patas —gritó alguien y varios humanos sujetaron las negras patas para derribar al enemigo.

La lucha se había intensificado y algunos humanos caían gravemente heridos.

Los gritos, ensordecedores para los contendientes, pero inaudibles

para cualquier espectador se intensificaban, se hacían insoportables, mientras el fragor de la lucha aumentaba y se sucedían las víctimas en uno y otro bando.

Desde lo alto de un peldaño, un nutrido grupo de seres microscópicos saltó sobre un par de hormigas consiguiendo debilitarlas en su caída.

Otros se dejaron caer desde un saliente metálico logrando aplastar a otro de los negros enemigos. Pero éstos aumentaban constantemente en número.

Como antiguos lanceros, otros humanos provistos de pequeñas astillas se lanzaron en feroz acometida contra los monstruos atacantes.

Varias hormigas, mortalmente alcanzadas, yacieron sobre la metálica superficie.

Alguien se aproximó al lugar de la cruenta lucha. Era Ruango que desde su altura observaba aquella batalla con aspecto divertido.

—¿Son así los humanos? —se preguntó en voz alta y lanzó una carcajada que amenazó con romper los tímpanos de los seres microscópicos.

Uno de ellos advirtió la presencia humana y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aplaste a las hormigas! ¡Aplástelas! ¡Ayúdenos!

Pero era inútil porque Ruango no podía oír aquella voz débil e insignificante. La voz de un insecto o menos aún.

Y en aquellos instantes una mujer estaba intentando zafarse de la hormiga que pretendía morderla. Sus gritos de terror fueron rápidamente atendidos y obtuvo la ayuda de dos hombres que se lanzaron bajo las patas de la hormiga. El insecto cayó sobre ellos y uno gritó al sentirse aprisionado.

—¡Quítamela de encima antes de que me asfixie!

La lucha se extendía en toda la superficie metalizada del bólido espacial convertida en un sangriento campo de batalla.

—¡Les van a aniquilar! —exclamó Soen desde el bólido.

—Estamos entrando en órbita. He hecho lo que he podido — repuso el piloto.

La presencia de la nave hizo elevar los ojos a Ruango, testigo de excepción de la lucha.

Mekok llegó en aquellos instantes con otro bólido. Miró la nave que ligeramente descompuesta servía de escenario a la lucha y comentó:

—¿Divertido?

—¡Bah! ¡Tenías razón! Luchas entre insectos. No lo comprendo...

—Viene otra nave. ¿No quieres quedarte?

—Ya he visto bastante —replicó Ruango dirigiéndose hacia el bólido.

Pero al subir comprobó a través de la pantalla la proximidad del bólido tripulado por Skipper y a continuación observó los tres seres que viajaban en él. Salió de la nave armado con un pequeño cañón. Tras él Mekok que había visto lo mismo le siguió.

—Es la misma nave —comentó—. Pero los seres no son los mismos. Quizá por eso nuestro comunicante Kelber quiere que los eliminemos.

CAPITULO XXX

La nave se posó en el suelo del planeta muy próxima a la de los seres microscópicos.

—De prisa. Hay que eliminar a todas las hormigas —dijo Soen.

Tan pronto la puerta se deslizó, Soen fue el primero en salir. No precisaba de ninguna arma especial para terminar con los insectos. Bastaba con pisarlos.

Su esposa y el piloto corrieron tras él.

—Tened cuidado, podríamos pisar a nuestros compañeros —advirtió. Y comenzó a aplastar las hormigas que iban subiendo a la nave en hilera utilizando los ejes metálicos del trípode.

Luego, inclinándose hacia el interior, observó la lucha y previno:

—Soy Soen —habló a media voz para no dañar los delicados tímpanos de sus reducidos compañeros—. Apartaos. Escondeos donde podáis. Acabaremos con vuestros enemigos.

¡Soen! Estaban salvados, pero Soen debía tener mucho cuidado porque con sus botas podía también aplastar a cualquiera de los suyos. Los corpúsculos retrocedieron y treparon rápidamente por la diminuta tela que les servía de escaleras. Las hormigas iban tras ellos. Soen se subió a la nave y con la propia mano apartó las hormigas lanzándolas fuera de la nave. Jamás había sentido tanto odio hacia aquellos insectos laboriosos como en aquel instante.

—¡Fuera! Fuera.

Stenia se aproximó.

—Toma. —Le tendió un poderoso insecticida—. Diles que utilicen sus escafandras.

—Voy a rociar la superficie de insecticida —advirtió Soen—. Protegeos con las escafandras.

Al cabo de unos instantes comenzó a pulverizar el líquido, pero se detuvo al observar algunos corpúsculos removiéndose por el suelo.

—Son los heridos. Tenemos que recogerlos con cuidado. Stenia. —Se volvió hacia su mujer en el instante en que Skipper le advertía.

—¡Cuidado!

Soen advirtió el nuevo e inesperado peligro. Ante sí tenía a dos seres protegidos con un escudo transparente que amenazaban a su mujer y al piloto con sus cañones. También él se vio encañonado mientras una voz profunda les advertía en un idioma extraño algo que Soen entendió como una amenaza.

Lo más curioso, lo que más llamaba la atención a Soen y también a los demás era el tamaño de sus agresores.

Eran de una altura aproximadamente la mitad que la suya. Algo que en Nutronia se hubiera considerado del género enano. No obstante su aspecto humanoide hacía pensar en seres racionales. Sin embargo, empuñaban aquellas armas que parecían dispuestos a usar de inmediato.

—¡Un momento! —exclamó Soen en tono persuasivo—. Traten de comprendernos... Voy a desprenderme de mis armas. Ellos harán lo mismo también. —Señaló el cinto donde llevaba dos pistolas de células e hizo intención de tomar una, pero uno de los que le encañonaban, Mekok, accionó el cañón.

—¡No! —gritó Stenia—. Está tratando de demostrarle que no venimos en son de guerra. Somos amigos. ¿Comprende?

El sonido de Ruango adquirió una extraña tonalidad y Soen y los otros pudieron comprender sus palabras:

—¿Amigos? Proceden de Nutronia. ¿Por qué no son insectos como los demás?

—Es una larga historia... Si pudiéramos hablar razonadamente se la explicaría. Escuchen. No venimos a perturbar su paz. Deben comprendernos...

Tras un silencio Mekok habló en tonos violentos, pero Ruango, tras calmarle, se encaró con Soen.

—Será interesante escucharles... Pero primero tiren sus armas. No traten de usarlas. ¡Y sígannos...!

Soen se volvió hacia los de su raza, aterrados aún en el interior del bólido.

—Señor... Tengo que hacer algo por ellos. No puedo dejarles a merced de las hormigas.

—¿Por qué matan las hormigas? Todo ser viviente tiene derecho a ser respetado. Me refiero a nuestros seres. Los de nuestro planeta…

—Quizá seamos algo distintos, señor. Únicamente buscábamos un lugar para extender nuestra raza. Nuestro planeta, Nutronia, ha conocido un largo ciclo de paz. Un ciclo de muchas generaciones. Las cosas se han complicado últimamente. Le explicaré todo lo que desee, pero déjeme hacer algo por ellos. —Y Soen señaló de nuevo el interior de la nave.

Mekok volvió a sentirse agresivo.

—¿Por qué no acabamos con ellos? —prorrumpió en un lenguaje de imposible comprensión para Soen y los suyos.

—Primero les oiremos. Y cuida de sus insectos. Llévalos hasta la zona árida. —Y cambiando la expresión se hizo comprender a los demás—. Mekok cuidará de sus insectos. En la zona árida no serán atacados. Ahora síganme. Voy a tomar mis precauciones.

Apuntó con el cañón a Soen y su esposa gritó:

—¡No! ¿Qué va a hacer?

—Exactamente lo que debo.

El cañón produjo un chasquido sordo y Soen cayó de bruces. Skipper trató de proteger a la mujer pero recibió un extraño impacto y cayó igualmente.

Stenia fue derribada a su vez cuando intentaba ponerse a salvo subiendo a la nave.

CAPITULO XXXI

Cuando Soen abrió los ojos estaba en el interior de una caverna perfectamente equipada. Se sentía libre. No le habían atado. Se hallaba sentado en una especie de banco y a su lado vio a su mujer. A continuación Skipper apareció sonriendo y murmuró:

—Buenos días. Es evidente que nos han dormido.

—Eso es —corroboró Ruango apareciendo ante ellos sobre un estrado que disimulaba su pequeñez—. Era sólo una medida de seguridad. Ahora ya sé bastante acerca de ustedes. Bastante más de lo que sabía hasta ahora... Su amigo Skipper me lo ha contado mientras usted dormía. Verá. Con usted cargué algo más la dosis en mi disparo. Me pareció el más fuerte. El líder del grupo.

—No soy ningún líder. Lucho por salvar a mi raza...

—Lo sé, lo sé... Skipper me habló de esa disminución de sus compañeros y de los propósitos criminales de su profesor Kelber... Nunca me gustó demasiado. ¿Sabe que tenía contacto con él?

—¿Usted?

—Sí... Nos interferimos mutuamente y ambos quisimos saber nuestras respectivas características. Kelber firmaba siempre sus mensajes autotitulándose jefe de su raza. Nos contaba cosas interesantes, pero ocultaba su egoísmo. Por fin, cuando me pidió que acabara con los tres ocupantes de la nave —se refería a ustedes— disminuyó mi confianza hacia él. ¿Sabe?

Tras un silencio añadió:

—Nadie que se tenga por buen jefe puede ordenar la muerte de un semejante. Los entes de una misma especie jamás se atacan. Curioso planeta el suyo...

—Kelber era una excepción. Se lo aseguro.

—Hace bien en decir era, porque va no existe. Han muerto otros según mis noticias. ¿Arreglará eso sus problemas?

Se miraron los tres. Soen habló en nombre de todos.

—Kelber muerto... Ahora tendremos que luchar para volver a la normalidad a esos infelices.

—Háganlo. Y les deseo suerte. Sé que lo conseguirán. Kelber anotaba ciertas fórmulas de las que guardamos algunos apuntes. Nunca supimos exactamente para qué servían. Se las daré si las quieren.

—¿Nos deja marchar? —preguntó Stenia con contenida emoción.

—Claro. Y les daré esas notas que pueden servirles. Nosotros no somos asesinos. Comprendemos la vida… La diferencia entre su raza y la nuestra —murmuró Ruango— no es un problema de bondad. Sino de cantidad. Ustedes son demasiados y por desgracia nuestra raza se extingue. Ocupamos una décima parte de la superficie de este hermoso planeta —y señaló un punto en una especie de plano luminoso que colgaba de la pared—. Por desgracia cada vez nos sobra más espacio. Yo, como jefe por elección de mi gente, formo parte de una avanzadilla. Este laboratorio y lugar de trabajo que antes había sido el centro de nuestra civilización está ocupado únicamente por Mekok, mi ayudante y por mí. Desde aquí detectamos los posibles peligros para proteger a los nuestros. Algún día todo habrá terminado.

—¿No pueden reproducirse como… como lo hacemos nosotros? —preguntó Skipper.

—Todas las razas tienen un fin. La suya lo tendrá alguna vez. Desaparecen los genes portadores de la vida. Es inútil intentar la reproducción. Tardaremos algunos períodos pero sabemos cuál ha de ser nuestro fin indefectible… Por eso les ofrezco la parte deshabitada de nuestro planeta. Pueden disponer de ella si vienen con fines pacíficos. Respétennos y nada les ocurrirá. De lo contrario tengo prevista la destrucción, pero después de haberles escuchado creo que en el fondo son buenas personas. Váyanse ahora, trabajen para devolver el estado normal de los suyos y manden sus naves para ocupar lo que a nosotros nos sobra. Aquí podrán vivir felices si obran bien. Y un día…, un día serán los dueños absolutos de todo. Nuestros herederos…

* * *

Así fue como, maravillados por tanta comprensión Soen, su esposa y Skipper regresaron a Nutronia con las fórmulas que Ruango les entregó y una doble esperanza hacia el futuro.

—Estay seguro de que los nuestros podrán recuperar su forma y cuando podamos contar con el secreto en su totalidad mandaremos otras naves a este planeta acogedor. Ya lo habéis oído. Seremos los herederos de ese habitáculo lleno de vida…

EPILOGO

Algo había sido destruido en Nutronia. Pero el mismo fuego que arruinó algunas instalaciones había purificado el ambiente que la soberbia y maldad de Kelber estuvo a punto de malear.

Un nuevo laboratorio se alzó y una selección de científicos comenzó a efectuar las pruebas con las fórmulas que Soen había conseguido en el nuevo planeta.

Las esperanzas de que los secretos de Kelber pudieran ser prontamente desvelados aumentaban jornada a jornada.

Se daba por cierto que los supervivientes de aquel millón de seres reducidos podrían volver pronto a su estado normal.

Del cambio de gobernantes destacaba el nombramiento por decisión popular de Soen como enlace directo entre los dos planetas.

Y ahora Soen pasaba muchas horas junto a su esposa intercambiando mensajes con Ruango.

—Me ocupo personalmente de sus «compañeros» —le dijo el jefe del habitáculo refiriéndose a los corpúsculos humanos—. Puede estar tranquilo.

—Pronto podrá darles la noticia de su vuelta a la normalidad —dijo Soen tras leer el último informe recibido.

—Lo haré con mucho gusto —replicó la voz lejana de Ruango.

—Y Soen rodeó a su esposa por el hombro al tiempo que murmuraba:

—Viviremos otro largo ciclo de paz.

F I N